



MIEL Y SANGRE

B2+

❖ Джулс Хониг ❖

18+

Джулс Хониг

Miel y sangre

«Автор»

2026

Хониг Д.

Miel y sangre / Д. Хониг — «Автор», 2026

Сан-Антонио, наши дни. Сверхъестественные существа живут открыто: вампиры владеют клубами, некромантия под законом, охотники работают как судебные исполнители. Карла Авила - некромант и охотник на вампиров класса А. Полиция зовёт её туда, куда другие не смотрят. На складе найден обезглавленный вампир. Перед смертью он говорит: «Мёд горит». Это третье убийство за десять дней. След ведёт в клуб MIEL, принадлежащий Эрику Линдстрёму, вампиру, которому около семисот лет. Он предлагает помощь бесплатно, и потому Карла ему не доверяет. Мастер города Пабло де Леон ясно даёт понять: отказаться нельзя. Когда исчезает лучшая подруга Карлы, Энжел, дело становится личным. Карле придётся работать с вампирами, оборотнями и полицией и решить, кому верить. Убийца готовит ритуал, способный поднять всех мёртвых Сан-Антонио. «Мёд и кровь» - взрослое городское фэнтези-детектив на испанском (B2+). Первая книга цикла.

© Хониг Д., 2026

© Автор, 2026

Содержание

Глава	5
Capítulo 1. El cadáver que habló	7
Vocabulario del capítulo	7
Ejercicios de vocabulario	13
Respuestas	14
Capítulo 2. Muertos de verdad	15
Vocabulario del capítulo	15
Ejercicios de vocabulario	20
Respuestas	21
Capítulo 3. Una invitación nocturna	22
Vocabulario del capítulo	22
Ejercicios de vocabulario	28
Respuestas	29
Capítulo 4. El Maestro de San Antonio	30
Vocabulario del capítulo	30
Ejercicios de vocabulario	35
Respuestas	36
Capítulo 5. Angel desaparece	37
Vocabulario del capítulo	38
Ejercicios de vocabulario	43
Respuestas	44
Capítulo 6. Miel	45
Vocabulario del capítulo	45
Конец ознакомительного фрагмента.	49

Джулс Хониг Miel y sangre

Глава



Capítulo 1. El cadáver que habló

Vocabulario del capítulo

Antes de leer, repasa estas palabras. Son clave para entender la escena.

el cadáver — труп

decapitar / degollar — обезглавить

el almacén abandonado — заброшенный склад

la nigromancia / el nigromante — некромантия / некромант

resucitar (temporalmente) — воскресить (временно)

el hechizo / el conjuro — заклинание

la orden judicial — судебный ордер

el forense / forense (adj.) — судмедэксперт / судебный (прил.)

la escena del crimen — место преступления

el colmillo — клык

sangrar / la sangre — кровоточить / кровь

el detective de homicidios — детектив отдела убийств

desvanecerse — рассеиваться, исчезать

arder — гореть

la consciencia (del muerto) — сознание (умершего)

El teléfono sonó a las tres y diez de la madrugada.

Carla Ávila no necesitó mirar la pantalla para saber quién llamaba a esa hora. Solo un número aparecía en su celular pasada la medianoche, y ese número pertenecía al Departamento de Policía de San Antonio.

—Ávila —contestó, ya sentada en la cama, buscando sus botas con el pie.

—Necesitamos que vengas al almacén de la calle Somerset, cerca del río —dijo la voz al otro lado—. Es otro vampiro. Está muerto de verdad esta vez.

Carla cerró los ojos un segundo. No por sorpresa, sino por cansancio. Llevaba diez años trabajando como nigromante certificada, y en ese tiempo había aprendido que las palabras «muerto de verdad» significaban algo muy específico cuando se hablaba de un vampiro. Significaban que alguien había encontrado la manera de matarlo sin que su cuerpo pudiera regenerarse. Eso no era fácil. Y no era barato.

—Voy para allá —respondió, y colgó antes de que el oficial pudiera añadir nada más.

Se vistió en menos de cuatro minutos: jeans negros, una camiseta gris, la chaqueta de cuero que llevaba incluso en pleno verano texano porque tenía bolsillos suficientes para todo lo que necesitaba. Se recogió su melena negra, espesa y ondulada hasta casi la cintura, en una trenza gruesa apartándola del rostro, un gesto casi automático después de tantos años de trabajo. A sus veintinueve años, con la piel de tono oliva cálido y los pómulos marcados que había heredado de la familia de su padre, era sus ojos lo que la gente solía notar primero: un verde brillante e inusual, heredado de su abuela paterna, la misma que le había transmitido el don. Se colgó al cinturón la funda con la pistola, aunque sabía que probablemente no la usaría, y guardó en una bolsa de tela el resto de su equipo: sal negra, tiza ritual, un frasco pequeño de su propia sangre mezclada con hierbas, y el cuchillo ceremonial que había pertenecido a su abuela. Antes de salir, se puso al cuello la cruz de plata que su abuela le había dejado. No era exactamente religiosa, pero la cruz la hacía sentir acompañada, y en su trabajo eso valía más de lo que la gente creía.

San Antonio a esa hora era otra ciudad. Las calles del centro, tan llenas de turistas durante el día, estaban prácticamente vacías. Solo quedaban las luces de neón de algunos bares que cerraban

tarde y el calor húmedo que nunca terminaba de desaparecer, ni siquiera de noche. Carla condujo con las ventanillas bajadas, dejando que el aire caliente le despertara del todo, mientras la ciudad pasaba a su alrededor como un decorado que conocía de memoria.

El almacén de la calle Somerset era uno de esos edificios abandonados que existían por toda la ciudad desde que la industria textil se había marchado hacía décadas. Tenía las ventanas rotas y una cerca metálica cubierta de carteles que prohibían la entrada, carteles que nadie respetaba nunca. Cuando Carla llegó, ya había dos patrullas y una furgoneta forense estacionadas frente al edificio, con las luces azules y rojas pintando las paredes de ladrillo.

El detective Daniel Mercer la esperaba junto a la entrada, con una taza de café que probablemente ya estaba fría. Era un hombre alto y fornido, con el pelo castaño oscuro cortado casi al rape y unos ojos grises que esa noche se veían más cansados de lo habitual. Llevaba la misma expresión de siempre, la de alguien que había dormido cuatro horas y pensaba dormir menos esa noche.

—Pensé que dirías que estabas ocupada —dijo cuando la vio acercarse.

—A las tres de la mañana nadie está ocupado, Mercer. Solo dormido o despierto por trabajo —contestó Carla, pasando junto a él hacia la entrada.

—Te va a gustar esto tanto como me gustó a mí —añadió Daniel, siguiéndola—. O tal vez no. Nunca sé cómo reaccionas a estas cosas.

—Reacciono trabajando. Es lo único útil que puedo hacer con un cadáver.

El interior del almacén olía a polvo, a metal oxidado y, debajo de todo eso, a algo más antiguo y más desagradable. Carla lo reconoció enseguida: el olor particular que dejaba la muerte definitiva de un vampiro, muy distinto del olor de un cuerpo humano. Los generadores portátiles de la policía iluminaban una zona amplia en el centro del espacio, donde varios técnicos forenses trabajaban en silencio, tomando fotografías y recogiendo muestras con guantes de látex.

En el centro de esa zona iluminada estaba el cuerpo.

Era un hombre joven, o al menos lo había sido antes de que lo convirtieran, con el cabello oscuro y una complexión delgada. Estaba tendido boca arriba, con los brazos extendidos de una manera que a Carla le pareció deliberada, casi ceremonial. Pero lo que hacía que la escena resultara realmente perturbadora era que le faltaba la cabeza. No había sido arrancada de cualquier manera: el corte era limpio, preciso, hecho probablemente con un arma bendecida o con plata pura, las dos únicas sustancias capaces de separar la cabeza de un vampiro sin que el cuerpo se regenerara después. La cabeza descansaba a poco más de un metro de distancia, colocada con un cuidado que no encajaba con la violencia del acto.

—Alguien se tomó su tiempo —murmuró Carla, agachándose junto al torso.

—Eso mismo pensamos nosotros —dijo Daniel—. No hay señales de lucha. Ni sangre en el suelo, más allá de lo normal para este tipo de heridas. Quien hizo esto sabía lo que estaba haciendo.

Carla se puso los guantes que siempre llevaba consigo y examinó el corte con atención profesional, sin dejar que el asco o la incomodidad le nublaran el juicio. Había aprendido, con los años, a mirar los cuerpos como lo que eran: fuentes de información, no solo tragedias. Eso no significaba que hubiera dejado de sentir nada. Solo significaba que había aprendido a guardar los sentimientos para después.

—¿Tenemos identificación? —preguntó.

—Todavía no. No llevaba nada encima. Ni cartera, ni teléfono, ni ningún tipo de documento vampírico. Por eso te llamamos a ti antes de esperar a que el laboratorio identifique restos de ADN, que con un vampiro de esta edad puede tardar días.

Carla asintió, aunque en realidad ya había supuesto que sería así. Por eso estaba allí, al fin y al cabo. La ciencia forense funcionaba de manera distinta cuando la víctima llevaba siglos muerta antes de morir de verdad. A veces el ADN no servía de nada. A veces la única testigo posible era la propia víctima.

—Necesito la orden —dijo, extendiendo la mano sin mirar a Daniel.

Él sacó del bolsillo interior de su chaqueta un papel doblado y se lo entregó. Carla lo desdobló con cuidado y leyó las líneas rápidamente, comprobando que todo estuviera en regla, como hacía siempre. La ley del Código Nocturno de Texas era estricta en ese punto: ningún nigromante podía levantar la consciencia de un muerto, humano o sobrenatural, sin el permiso explícito de la familia o, en su ausencia, una orden judicial firmada por un juez autorizado. La ley existía por una razón. Levantar a los muertos sin su consentimiento, aunque fuera solo unos minutos, era una violación grave, y Carla había visto lo que les pasaba a los nigromantes que decidían ignorarla.

—Está firmada por el juez Ibarra hace dos horas —confirmó Daniel—. Como no tenemos familia que localizar, el juez autorizó la interrogación forense directa.

—Perfecto —Carla dobló el papel y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta—. Necesito que todos se alejen al menos tres metros. Y que apaguen esas luces tan fuertes. La consciencia recién despertada es sensible a la luz artificial.

Los técnicos forenses miraron a Daniel, esperando confirmación, y él simplemente asintió con la cabeza. Uno por uno, se fueron retirando hacia los bordes del almacén, dejando a Carla prácticamente sola junto al cuerpo decapitado, con solo Daniel permaneciendo cerca, apoyado contra una columna de metal, observando con la atención incómoda de alguien que nunca terminaba de acostumbrarse a este tipo de trabajo, por muchas veces que lo hubiera presenciado.

Carla se arrodilló junto al torso y abrió su bolsa de tela. Sacó primero la tiza ritual, blanca y ligeramente perfumada con hierbas que ella misma preparaba, y comenzó a dibujar un círculo alrededor del cuerpo, con símbolos antiguos en cada uno de los cuatro puntos cardinales. Sus movimientos eran precisos, casi automáticos después de tantos años de práctica, pero nunca descuidados. Un símbolo mal trazado podía significar la diferencia entre una consciencia cooperativa y algo mucho peor.

Después colocó sal negra entre el torso y la cabeza, formando una línea recta que conectaba ambas partes, un puente simbólico y literal para que la voz pudiera pasar de una a otra. Finalmente, sacó el pequeño frasco con su mezcla de sangre y hierbas, y dejó caer tres gotas exactas sobre el pecho del cadáver.

—¿Cuánto tiempo dura normalmente? —preguntó Daniel en voz baja, como si temiera romper algo con su voz.

—Depende de la edad del vampiro y de cuánto tiempo lleve muerto —respondió Carla, sin levantar la vista de su trabajo—. Si llevaba solo unas horas cuando lo encontraron, tal vez tenga tres o cuatro minutos de consciencia real antes de que se apague para siempre. Si llevaba más tiempo, quizás solo unos segundos.

—¿Y si no despierta nada?

—Entonces habremos perdido una orden judicial y yo habré perdido energía que no recupero fácilmente —Carla lo miró un instante—. Pero normalmente despierta algo. Los muertos casi siempre tienen algo que decir. El problema es que no siempre dicen lo que uno espera escuchar.

Terminó de preparar el círculo y se sentó sobre los talones, respirando profundamente varias veces para concentrarse. Cerró los ojos y comenzó a murmurar las palabras del ritual, una mezcla de latín antiguo y expresiones en español que se habían transmitido en su familia durante generaciones, desde que su bisabuela emigrara del norte de México con ese don extraño que nadie más en el pueblo entendía. Las palabras no eran mágicas por sí mismas. Eran solo el vehículo. La verdadera magia venía de la voluntad de Carla, de su energía vital, ofrecida temporalmente como puente entre el mundo de los vivos y el silencio que dejaban los muertos.

El aire dentro del círculo cambió. Se volvió más denso, más frío, a pesar del calor húmedo que llenaba el resto del almacén. Daniel, que había presenciado este proceso docenas de veces, sintió de todas formas un escalofrío recorrerle la espalda, el mismo que sentía siempre en ese momento

exacto, cuando la barrera entre la vida y la muerte se volvía, durante unos segundos, más delgada de lo que debía ser.

El torso decapitado se movió.

No fue un movimiento violento ni antinatural, como en las películas que la gente imaginaba cuando pensaba en nigromancia. Fue más bien un temblor suave, un suspiro contenido, como si el cuerpo recordara, por un instante, cómo se respiraba. Y entonces, desde la cabeza colocada a un metro de distancia, salió una voz. Ronca, quebrada, apenas más que un susurro, pero perfectamente audible en el silencio del almacén.

—¿Quién... quién me llama?

—Me llamo Carla Ávila —respondió ella, manteniendo la voz calmada y firme, tal como había aprendido a hacerlo con cada consciencia que despertaba, fuera humana o sobrenatural—. Soy nigromante certificada. Tienes permiso judicial para hablar conmigo. No voy a hacerte daño. Solo necesito que me digas qué pasó.

Hubo un silencio largo, tan largo que Carla temió haber perdido ya la consciencia recién despertada. Pero entonces la voz volvió, un poco más clara esta vez, cargada de algo que sonaba como miedo, aunque también como una extraña resignación.

—Me encontraron aquí. Me estaban esperando.

—¿Quién te esperaba?

—No... no puedo verle la cara. Llevaba algo... una capucha. Y olía a hierbas quemadas. Como en un ritual.

Carla intercambió una mirada rápida con Daniel, que había sacado discretamente su libreta y anotaba cada palabra.

—¿Era humano? ¿Vampiro? ¿Otra cosa?

—No lo sé —respondió la voz, más débil ahora—. Sentí dos tipos de poder al mismo tiempo. Uno frío, como el mío. Y otro... otro que quemaba por dentro. Nunca había sentido algo así en un solo ser.

Carla frunció el ceño. Dos tipos de poder combinados en un solo agresor no era algo común. La nigromancia y la brujería eran disciplinas distintas, con reglas distintas, y aunque técnicamente era posible que una misma persona dominara ambas, la ley las regulaba de manera tan diferente que casi nadie se molestaba en aprender las dos. Alguien que combinara nigromancia y brujería de sangre, además, no era simplemente un practicante talentoso. Era alguien dispuesto a cruzar líneas que la mayoría de los magos consideraban prohibidas por una buena razón.

—¿Por qué te mataron? —preguntó Carla, sintiendo que el tiempo se acababa. La voz sonaba cada vez más distante, como si viniera de más y más lejos con cada palabra.

—No lo sé —repitió el vampiro—. Dijo algo antes de cortar. Algo sobre... sobre pagar una deuda. Una deuda muy antigua.

—¿Qué deuda? ¿De quién?

El silencio esta vez fue distinto. No era la pausa de alguien buscando las palabras correctas, sino el silencio de una consciencia que empezaba a desvanecerse de verdad, arrastrada de vuelta hacia la oscuridad de la que Carla la había sacado por un momento tan breve. Ella sintió el cambio en el aire del círculo, la manera en que la energía comenzaba a apagarse, como una vela consumiéndose en sus últimos segundos.

—Rápido —susurró Carla, más para sí misma que para nadie más—. Dime algo más. Lo que sea.

Y entonces, justo cuando Carla ya se preparaba para aceptar que la consciencia se había ido sin darle nada más útil, la voz regresó una última vez, tan débil que ella tuvo que inclinarse hacia la cabeza para poder escucharla con claridad.

—La miel arde.

—¿Qué? ¿Qué significa eso?

Pero no hubo respuesta. El aire dentro del círculo volvió a su temperatura normal de golpe, como si alguien hubiera abierto una ventana en pleno invierno. El torso quedó completamente inmóvil, y esta vez Carla supo, con la certeza que solo dan años de experiencia, que no volvería a despertar. La consciencia se había ido de verdad, esta vez para siempre, dejando atrás solamente un cuerpo vacío y tres palabras que no significaban nada todavía.

Se quedó arrodillada un momento más, respirando con dificultad, sintiendo el cansancio habitual que seguía a cada ritual, como si le hubieran quitado algo de energía propia además de la energía que había usado para el hechizo. Daniel se acercó, guardando su libreta en el bolsillo.

—¿Estás bien?

—Estoy cansada. No es lo mismo —Carla se puso de pie despacio, apoyándose un instante en la rodilla—. ¿Anotaste todo?

—Todo. Aunque no sé qué vamos a hacer con la mayoría de esto. Dos tipos de magia combinados, una deuda antigua, y la miel arde —Daniel negó con la cabeza—. Suena a algo que dirías en un sueño extraño, no a una pista de verdad.

—Tal vez lo sea —respondió Carla, borrando con el pie una parte del círculo de tiza para deshacer completamente el ritual. Era un hábito importante, casi tan importante como haberlo dibujado correctamente al principio: un círculo sin cerrar podía atraer cosas que nadie había invitado. —Pero los muertos no suelen desperdiciar sus últimas palabras en tonterías. Si dijo eso, es porque significaba algo para él. Y probablemente signifique algo para quien lo mató también.

Se quitó los guantes y los guardó en una bolsa aparte, junto con el resto de su material ritual. El olor a hierbas quemadas todavía flotaba en el aire, mezclado con el aroma metálico que siempre acompañaba a estos rituales, un recordatorio de lo que su trabajo realmente costaba, aunque el precio no siempre fuera visible.

—¿Se te ocurre algo? —preguntó Daniel, mientras caminaban juntos hacia la salida del almacén, dejando atrás a los técnicos forenses, que ya se preparaban para retirar los restos.

Carla se quedó pensando un momento, repasando mentalmente todos los lugares de San Antonio que pudieran tener alguna relación con la miel. Había mercados, había tiendas especializadas, había incluso un festival anual dedicado a la apicultura en las afueras de la ciudad. Pero también había algo más obvio, algo que cualquier persona que llevara más de un año viviendo en la ciudad conocería sin esfuerzo.

—Hay un club nocturno que se llama así —dijo finalmente, mientras salían al aire caliente de la madrugada—. MIEL. Es propiedad de un vampiro extranjero, bastante viejo y bastante rico. Nunca he tenido motivos para acercarme, pero tal vez ha llegado el momento de cambiar eso.

—¿Conoces al dueño?

—Solo de reputación —contestó Carla, mirando hacia el horizonte, donde el cielo empezaba apenas a perder algo de su negrura absoluta—. Y la reputación no siempre coincide con la realidad. Voy a tener que averiguarlo por mí misma.

Se despidió de Daniel con un gesto breve y caminó hacia su coche, con el cansancio del ritual todavía pesándole en los hombros, pero con algo más también: esa sensación familiar, casi incómoda, de que un caso apenas comenzaba a mostrar su verdadera forma, y que esa forma iba a ser mucho más complicada de lo que un simple cadáver decapitado dejaba entrever al principio. Tres palabras. Una deuda antigua. Dos tipos de magia que no deberían mezclarse jamás. Y un club llamado MIEL, esperando en algún lugar de la ciudad, guardando quizás las respuestas que Carla todavía no sabía que necesitaba con tanta urgencia.

Condujo de regreso a casa mientras el cielo empezaba a teñirse de un azul muy pálido en el horizonte, señal de que el amanecer llegaría pronto. Sabía que no dormiría mucho más esa noche. Su mente ya estaba ocupada trabajando en la siguiente pregunta, la que de verdad importaba: qué clase de deuda podía ser tan antigua, y tan grave, como para llevar a alguien a matar de esa manera, con tanta precisión y tanta paciencia. Fuera lo que fuera, Carla tenía la certeza de que aquello no

había sido un crimen aislado. Y algo en su instinto, ese mismo instinto que la había mantenido con vida durante diez años de tratar con los muertos, le decía que aquella noche en el almacén de la calle Somerset había sido solamente el principio.

Ejercicios de vocabulario

Ejercicio 1. Completa las frases con la palabra correcta del vocabulario.

1. Los técnicos _____ trabajaban con guantes de látex junto al cuerpo.
2. Nadie puede levantar a un muerto sin una _____ firmada por un juez.
3. El vampiro fue _____ con un arma de plata; por eso no pudo regenerarse.
4. Carla dibujó un círculo de tiza alrededor del _____ antes de comenzar el ritual.
5. La _____ de la víctima despertó solo unos segundos antes de apagarse para siempre.
6. Encontraron el cuerpo en un _____ cerca del río, lleno de polvo y metal oxidado.
7. Carla mezcló su propia sangre con hierbas para preparar el _____.
8. El olor a hierbas quemadas todavía flotaba en la _____ cuando llegaron los forenses.
9. Cuando la voz del vampiro se hizo más débil, empezó a _____ poco a poco.
10. Las palabras «la miel _____» fueron las últimas que pronunció antes de morir de verdad.

Ejercicio 2. Relaciona cada palabra con su definición en ruso.

1. cadáver: a) человек, изучающий мёртвых для полиции
2. nigromante: b) безжизненное тело
3. forense: c) специалист по некромантии
4. colmillo: d) заклинание
5. hechizo: e) острый зуб вампира

Respuestas

Ejercicio 1:

1. forenses · 2. orden judicial · 3. decapitado / degollado · 4. cadáver · 5. consciencia · 6. almacén abandonado · 7. hechizo / conjuro · 8. escena del crimen · 9. desvanecerse (desvanecía) · 10. arde

Ejercicio 2:

1-b, 2-c, 3-a, 4-e, 5-d

Capítulo 2. Muertos de verdad

Vocabulario del capítulo

Antes de leer, repasa estas palabras. Son clave para entender la escena.

el patrón — модель, закономерность

la autopsia — вскрытие

el expediente — досье, дело

la pista — след, зацепка

el sospechoso — подозреваемый

regenerarse — регенерировать, восстанавливаться

el modus operandi — почерк преступника

el arma blanca — холодное оружие

la víctima — жертва

el informe forense — судебно-медицинское заключение

coincidir — совпадать

el móvil (del crimen) — мотив (преступления)

la vigilancia — наблюдение, слежка

el testigo — свидетель

sistemático / sistemática — систематический

Carla durmió solo tres horas después de volver del almacén de la calle Somerset. Se despertó con el sol ya alto, la boca seca y esa sensación pesada en el cuerpo que siempre le quedaba después de un ritual, como si le hubieran prestado energía de un banco que ahora exigía intereses. Se quedó mirando el techo un momento, repitiendo mentalmente las tres palabras que el vampiro había pronunciado antes de apagarse para siempre.

La miel arde.

No sonaba como una amenaza. Tampoco sonaba como una casualidad. Sonaba como algo que alguien diría solo si esperaba que fuera entendido, aunque fuera por una sola persona en el mundo.

Su celular vibró sobre la mesita de noche antes de que pudiera terminar de despertarse del todo. Era Daniel.

—Necesito que vengas a la comisaría —dijo, sin saludar siquiera—. Tengo algo que enseñarte, y no es algo que quiera explicar por teléfono.

—¿Puede esperar hasta que me tome un café?

—Tráete el café contigo. Esto no puede esperar mucho más.

Carla se duchó rápido, se puso ropa limpia y se detuvo en una cafetería cercana a su apartamento, donde compró dos cafés grandes, uno para ella y otro para Daniel, que casi nunca se acordaba de comer ni de beber nada mientras trabajaba en un caso complicado. Condujo hasta la comisaría central bajo un sol que ya calentaba con fuerza a pesar de ser todavía media mañana, uno de esos días de verano texano en los que el aire parecía tener peso propio.

La comisaría era un edificio gris de varios pisos, sin ninguna gracia arquitectónica, rodeado de coches patrulla y de un aparcamiento que nunca tenía suficientes plazas libres. Carla conocía el camino de memoria: entrada lateral, control de seguridad, ascensor hasta el tercer piso, donde trabajaba la unidad especial que se ocupaba de crímenes relacionados con lo sobrenatural. Era un departamento pequeño, apenas seis personas, pero Daniel llevaba allí más tiempo que casi todos los demás.

Lo encontró en su despacho, rodeado de carpetas y con tres fotografías clavadas en una pizarra blanca detrás de su escritorio. Tenía el aspecto de alguien que no había dormido nada en absoluto, con la corbata suelta y una barba de dos días que no tenía nada de intencional.

—Café —dijo Carla, dejando uno de los vasos sobre su mesa.

—Gracias a Dios —Daniel lo tomó y bebió un trago largo antes de hacer ningún otro comentario—. Siéntate. Necesito que veas esto.

Carla se sentó frente al escritorio y dirigió la mirada hacia la pizarra. Reconoció inmediatamente la primera fotografía: era el almacén de la calle Somerset, con el cuerpo decapitado que había visto con sus propios ojos unas horas antes. Pero las otras dos fotografías mostraban escenas distintas, en lugares distintos, aunque con un patrón que resultaba imposible de ignorar una vez que se miraban con atención.

—¿Qué es esto? —preguntó, aunque ya sospechaba la respuesta.

—El de anoche no es el primero —dijo Daniel, señalando cada fotografía por turno—. Es el tercero. Hace diez días encontramos a este. Señaló la foto de la izquierda, un vampiro decapitado con la misma precisión quirúrgica que el de anoche. —Y hace cuatro días, desapareció este otro —la foto del centro mostraba el rostro de un vampiro sacado de algún registro empresarial, sin ningún cuerpo asociado—. Sin cadáver, sin escena del crimen. Solo encontramos su coche abandonado cerca del río, y un charco de sangre demasiado pequeño como para resultar concluyente por sí solo.

Carla se levantó de la silla para acercarse a la pizarra, estudiando cada imagen con la atención profesional que había aprendido a mantener incluso frente a las escenas más desagradables. Algo en la disposición de los cuerpos le resultaba familiar, aunque no podía identificar exactamente por qué.

—¿Por qué no me llamaron antes? —preguntó, sin apartar la vista de las fotografías.

—Porque durante los dos primeros casos no teníamos ninguna orden judicial para levantar al único cuerpo que llegamos a encontrar, y sin familia dispuesta a autorizarlo, no había forma legal de traerlo. El juez Ibarra solo aceptó firmar anoche porque el patrón ya era demasiado evidente para ignorarlo —Daniel se pasó una mano por la cara, cansado—. El de anoche y el de hace diez días fueron destruidos de la misma manera: decapitación con un arma bendecida o de plata pura, el único método que impide la regeneración. Eso no es casualidad. Eso es un método. Alguien está siendo sistemático. El de hace cuatro días sigue oficialmente como desaparecido. Nunca encontramos un cuerpo, así que ni siquiera sabemos con certeza si está muerto.

Carla asintió lentamente, procesando la información. Sabía, mejor que casi nadie en esa ciudad, lo que costaba matar a un vampiro de verdad. La mayoría de la gente creía que bastaba con clavar una estaca en el corazón, gracias a décadas de películas y novelas que no tenían ni idea de cómo funcionaba realmente la fisiología vampírica. En realidad, un vampiro podía regenerarse de casi cualquier herida, incluso de la pérdida de extremidades, siempre que su cabeza permaneciera conectada al cuerpo y que tuviera suficiente sangre reciente para alimentar el proceso. Solo la decapitación total, hecha con plata o con un arma consagrada, evitaba que ese proceso comenzara.

—¿Tenemos identificación de las otras dos víctimas? —preguntó Carla.

—Del de hace diez días, no. No llevaba identificación, y su ADN no coincide con ningún registro que tengamos, igual que el de anoche. Del que desapareció hace cuatro días, ni siquiera eso. Nadie denunció su ausencia hasta que alguien reportó el coche abandonado. Sin cuerpo, no hay nada que analizar —Daniel dejó escapar un suspiro cansado—. Es como si alguien se hubiera asegurado deliberadamente de que no pudiéramos identificarlos con rapidez.

—¿Y qué tienen en común los tres?

—Esa es la pregunta que llevo dos días intentando responder —Daniel se sentó en el borde de su escritorio, cruzando los brazos—. No pertenecen al mismo clan. No trabajan en los mismos lugares. No hay ninguna conexión financiera evidente entre ellos. La única coincidencia real es el método de la muerte, y el hecho de que los tres ocurrieron en un radio de menos de ocho kilómetros, todos cerca del río, todos de noche, todos entre la una y las cuatro de la madrugada.

Carla se cruzó de brazos, pensando. Había algo en la precisión de los asesinatos que le recordaba a un ritual más que a un simple asesinato, por muy organizado que este fuera. La disposición cuidadosa de los cuerpos, la ausencia de sangre derramada más allá de lo estrictamente necesario, la elección deliberada de un método que garantizaba que la víctima no pudiera regresar. Todo eso apuntaba a alguien que no solo quería matar vampiros, sino que quería hacerlo de una manera muy específica, casi ceremonial.

—Anoche, antes de apagarse, el vampiro dijo algo —comentó Carla—. Dijo que sintió dos tipos de poder en la persona que lo atacó. Uno frío, como el suyo. Y otro que quemaba por dentro.

Daniel levantó la vista, interesado. —¿Necromancia y algo más?

—Eso parece. Y si es así, estamos hablando de alguien que domina dos disciplinas mágicas completamente distintas, lo cual ya de por sí es poco común. La mayoría de los nigromantes certificados que conozco apenas tienen paciencia para su propia especialidad, mucho menos para aprender brujería además —Carla volvió a mirar las fotografías, deteniéndose en los símbolos parcialmente visibles en el suelo de dos de las escenas—. ¿Estos símbolos se analizaron?

—El forense dice que son restos de un círculo ritual, pero no ha podido identificar la tradición mágica exacta. Le pedí que te mandara las fotos en alta resolución, por si tú reconoces algo que él no reconozca.

—Voy a necesitar enseñárselas a alguien con más experiencia en brujería que yo —dijo Carla, pensando ya en Lucía Serrano y en su pequeña tienda de hierbas y objetos mágicos. Lucía llevaba veinte años estudiando tradiciones rituales de todo tipo, y si alguien en San Antonio podía identificar una mezcla poco común de magias, era ella. —Pero antes necesito entender algo más. El vampiro de anoche mencionó una deuda. Dijo que la persona que lo mató habló de pagar una deuda antigua antes de cortarle la cabeza.

—¿Una deuda de quién? ¿Del vampiro? ¿De alguien más?

—No llegó a decírmelo. Se apagó antes —Carla suspiró, frustrada por la información incompleta que siempre parecía acompañar a estos casos—. Pero también dijo tres palabras justo antes del final. La miel arde.

Daniel frunció el ceño, repitiendo la frase mentalmente. —¿Tiene algún significado para ti?

—Hay un club nocturno en la ciudad que se llama así. MIEL. Ya te lo mencioné anoche —Carla se apoyó contra el borde de la mesa, cruzando los tobillos—. No sé todavía si la conexión es real o si estoy viendo patrones donde no los hay, pero es lo único concreto que tengo, y llevo diez años aprendiendo a no ignorar lo único concreto que tengo.

—¿Y qué piensas hacer con eso?

—Todavía nada. Un nombre no es una prueba, y presentarme allí sin nada más que tres palabras dichas por un moribundo solo serviría para que el dueño supiera que alguien está siguiendo su rastro antes de que yo entienda siquiera qué estoy buscando —Carla se separó de la mesa, recogiendo su vaso de café ya frío—. Prefiero esperar y ver si aparece alguna conexión más sólida antes de acercarme a un vampiro de esa edad haciendo preguntas incómodas. Primero necesito hablar con Lucía sobre los símbolos. Y también quiero pasar por casa de Angel antes de que se vaya a trabajar. Hace días que no la veo, y con todo esto pasando cerca del río, prefiero asegurarme de que está bien.

Daniel asintió, aunque su expresión mostraba que todavía tenía preguntas sin hacer. —Mantenme informada de cualquier cosa que descubras. Y ten cuidado, Ávila. Si esta persona está cazando vampiros de manera tan sistemática, no sabemos todavía si también está dispuesta a hacerle daño a alguien que se interponga en su camino.

—Siempre tengo cuidado —respondió Carla, dirigiéndose hacia la puerta.

—No, no lo tienes —dijo Daniel, casi sonriendo por primera vez esa mañana—. Pero al menos avisas antes de meterte en problemas. Eso ya es algo.

Carla salió de la comisaría con la cabeza llena de preguntas que no tenían todavía ninguna respuesta clara. Condujo hasta el pequeño apartamento de Angel, en un barrio tranquilo al este

del centro, decidida a pasar al menos media hora con su mejor amiga antes de continuar con la investigación. Angel trabajaba como operadora del servicio de emergencias, y sus turnos eran tan impredecibles como los de cualquier policía de la ciudad, pero Carla sabía que esa mañana tenía libre, porque habían quedado hacía una semana en verse para desayunar juntas antes de que el trabajo de ambas lo hiciera imposible otra vez.

Encontró a Angel en la cocina, todavía en pijama, con su piel morena clara, su melena castaña y lisa recogida en un moño improvisado y los grandes ojos oscuros todavía hinchados de sueño, preparando café con la radio encendida a un volumen demasiado alto para esa hora del día.

—Llegas tarde —dijo Angel sin darse la vuelta, reconociendo los pasos de Carla incluso antes de verla—. Y hueles a ritual. Otra vez trabajando de madrugada, ¿verdad?

—Otra vez —Carla se sentó en uno de los taburetes altos junto a la barra de la cocina—. Tercer vampiro muerto en diez días. Mismo método cada vez.

Angel se giró, con la cafetera todavía en la mano, y su expresión cambió de inmediato de la broma cotidiana a algo más serio. Trabajando donde trabajaba, sabía perfectamente lo que significaba un patrón así, y lo poco que solía tardar la ciudad en empezar a asustarse cuando esos patrones se hacían públicos.

—¿Estás bien? —preguntó, sirviendo dos tazas sin esperar respuesta.

—Estoy cansada. Y confundida. Y con la sensación de que esto va a ser mucho más grande de lo que parece ahora mismo —Carla tomó la taza que le ofrecía su amiga, agradecida por el calor entre las manos—. Pero sí, estoy bien.

—Mentirosa —Angel se sentó frente a ella, con esa mirada directa que Carla conocía desde que ambas tenían catorce años y se habían hecho amigas en la misma escuela secundaria, en un pasillo donde ninguna de las dos conocía a nadie más—. Sabes que puedes contarme lo que sea, aunque no lo entienda del todo. No hace falta que finjas que todo te resbala.

—No estoy fingiendo nada. Solo estoy trabajando —Carla bebió un sorbo de café, evitando la mirada de Angel un segundo más de lo necesario—. Alguien está cazando vampiros de manera sistemática, con un método que impide que se regeneren, y todavía no sé si esa persona es humana, sobrenatural o alguna mezcla extraña de las dos cosas. Eso es todo lo que puedo decirte por ahora, aunque prometo contarte más en cuanto entienda algo yo misma.

—No hace falta que entiendas nada para tener cuidado —dijo Angel, con un tono que ya no tenía nada de broma—. Prométeme que no vas a hacer ninguna estupidez sola, de esas que se te ocurren siempre a las tres de la mañana.

—Nunca prometo eso. Sabes que no puedo cumplirlo —Carla sonrió, aunque el gesto de Angel dejaba claro que la broma no había servido para tranquilizarla del todo—. Pero prometo avisarte antes de hacer cualquier estupidez, para que al menos sepas dónde empezar a buscar si algo sale mal.

Angel entrecerró los ojos, sin dejarse convencer del todo por el tono despreocupado de Carla, pero decidió no insistir por el momento. Había aprendido, con los años, que presionar demasiado nunca funcionaba con ella. Carla hablaría cuando estuviera lista, o no hablaría en absoluto, y no había manera de acelerar ese proceso sin empeorar las cosas.

—Qué bien suena todo eso —dijo finalmente, con el sarcasmo que la caracterizaba desde siempre—. Un asesino en serie que decapita vampiros, símbolos rituales que nadie logra identificar, y tú, sola, en medio de todo, como siempre. Sacudió la cabeza, aunque una pequeña sonrisa se le escapó a pesar de la preocupación evidente en su voz. —Algún día vas a tener que contarme por qué elegiste esta profesión en vez de algo normal, como contabilidad.

—La contabilidad no me habría dejado hablar con los muertos —respondió Carla, sonriendo también por primera vez esa mañana.

—No, pero tampoco te habría puesto en peligro cada dos semanas.

Se quedaron un rato más hablando de cosas sin importancia, del trabajo de Angel en la central de emergencias, de una serie que ambas habían empezado a ver juntas hacía meses y que nunca

terminaban de continuar por falta de tiempo. Fue un descanso breve pero necesario, uno de esos momentos que Carla sabía que debía aprovechar, porque en su trabajo nunca se sabía cuándo llegaría el próximo.

Cuando finalmente se despidió de Angel y volvió a su coche, el sol ya estaba alto sobre San Antonio, calentando el asfalto hasta hacerlo brillar en el horizonte. Todavía le quedaba toda la tarde por delante, tiempo suficiente para pasar por La Luna Verde y enseñarle a Lucía las fotografías de los símbolos rituales antes de que la tienda cerrara. Condujo hacia el centro con las ventanillas bajadas otra vez, dejando que el calor del día le recordara que, a pesar de todo lo extraño que rodeaba su trabajo, seguía siendo una mujer normal viviendo en una ciudad normal, aunque esa ciudad guardara secretos que la mayoría de sus habitantes preferían no conocer.

Tres muertes en diez días. Un método idéntico cada vez. Una deuda antigua sin nombre todavía. Y un nombre, MIEL, que por ahora era solo eso: un nombre, esperando en algún rincón de la noche a que Carla tuviera un motivo lo bastante sólido para llamar a su puerta.

Ejercicios de vocabulario

Ejercicio 1. Completa las frases con la palabra correcta del vocabulario.

1. Daniel señaló las tres fotografías en la pizarra: el mismo _____ se repetía en cada escena.
2. Un vampiro puede _____ de casi cualquier herida, siempre que conserve la cabeza unida al cuerpo.
3. El _____ forense del vampiro decapitado hace diez días no mostraba ninguna conexión con actividades criminales.
4. Todos los cortes fueron hechos con un _____ bendecida o de plata pura.
5. El médico _____ todavía no había entregado el informe completo sobre la tercera víctima.
6. Carla todavía no tenía ningún _____ claro para presentar ante un juez.
7. Los tres casos _____ en el método, aunque las víctimas no se conocían entre sí.
8. El forense no logró identificar la tradición mágica exacta de los símbolos en su _____.
9. Nadie había visto nada extraño esa noche; no había ningún _____ del crimen.
10. La policía todavía no entendía cuál era el _____ real detrás de los asesinatos.

Ejercicio 2. Relaciona cada palabra con su definición en ruso.

1. patrón: a) человек, подозреваемый в преступлении
2. sospechoso: b) закономерность, повторяющаяся модель
3. vigilancia: c) точное совпадение способа действия
4. modus operandi: d) наблюдение, слежка
5. sistemático: e) упорядоченный, действующий по системе

Respuestas

Ejercicio 1:

1. patrón · 2. regenerarse · 3. expediente · 4. arma blanca · 5. forense · 6. sospechoso · 7. coincidieron · 8. informe forense · 9. testigo · 10. móvil

Ejercicio 2:

1-b, 2-a, 3-d, 4-c, 5-e

Capítulo 3. Una invitación nocturna

Vocabulario del capítulo

Antes de leer, repasa estas palabras. Son clave para entender la escena.

la invitación formal — официальное приглашение

el Maestro de la Ciudad — Мастер города (глава клана вампиров)

el protocolo — протокол, этикет

rechazar — отклонить, отказать

las consecuencias políticas — политические последствия

la mansión — особняк

el consejero — советник

la cortesía — вежливость, учтивость

el linaje — клан, род (вампирский)

el sello (oficial) — печать (официальная)

el mensajero — посыльный, гонец

inclinarse la cabeza — склонить голову (в знак почтения)

desafiar — бросать вызов, не подчиняться

el territorio — территория, владения

la lealtad — верность, лояльность

Lucía Serrano no estaba en La Luna Verde cuando Carla llegó esa tarde. Una nota escrita a mano colgaba de la puerta, explicando que había salido a comprar hierbas frescas para el fin de semana y que volvería antes del anochecer. Carla dejó las fotografías de los símbolos en un sobre cerrado, junto con una nota propia pidiéndole que las examinara en cuanto pudiera, y volvió a su apartamento con la sensación incómoda de haber avanzado muy poco en un día que, sin embargo, la había dejado completamente agotada.

Pasó el resto de la tarde revisando sus propios apuntes sobre los tres asesinatos, comparando fechas, horarios y ubicaciones en un mapa de la ciudad que había clavado en la pared de su pequeño despacho. Nada encajaba todavía de una manera que tuviera sentido completo, pero al menos las piezas empezaban a formar un contorno, aunque fuera borroso. Fue precisamente entonces, cuando el sol empezaba a bajar sobre los tejados de San Antonio, cuando alguien llamó a su puerta con una insistencia que no era la de un vecino ni la de un repartidor cualquiera.

Al abrir, se encontró con un hombre joven vestido con un traje oscuro impecable, de pie junto a la barandilla del pasillo, con las manos cruzadas frente a él en una postura demasiado formal para el barrio en el que Carla vivía. Tenía la piel pálida y los ojos de un color indefinido entre el gris y el verde, y aunque no llevaba ninguna insignia visible, Carla reconoció de inmediato lo que era. No hacía falta ser nigromante para notar cuando alguien no tenía pulso.

—Señorita Ávila —dijo el hombre, inclinando ligeramente la cabeza—. Traigo un mensaje del Maestro de la Ciudad de San Antonio.

Le entregó un sobre de papel grueso, color crema, cerrado con un sello de cera roja que mostraba un escudo antiguo: una corona pequeña sobre dos espadas cruzadas. Carla lo reconoció enseguida. Era el sello de Pablo de León, el vampiro que gobernaba San Antonio desde hacía siglos, aunque casi nadie fuera del mundo sobrenatural conocía su nombre completo ni la extensión real de su poder.

—¿Y si no quiero recibirlo? —preguntó Carla, sin tocar todavía el sobre.

El mensajero sonrió con una cortesía que no llegaba a los ojos. —Entonces tendría que informar al Maestro de que la señorita Ávila rechazó su invitación sin siquiera leerla, lo cual, imagino, no sería

la decisión más inteligente para alguien que trabaja tan estrechamente con la comunidad sobrenatural de esta ciudad.

Carla tomó el sobre. No porque el tono del mensajero la hubiera intimidado, sino porque sabía, mejor que la mayoría de la gente, cómo funcionaba realmente el poder entre los vampiros de San Antonio. Pablo de León no era simplemente un vampiro rico y viejo. Era el Maestro de la Ciudad, el vértice de toda una estructura política que regulaba desde los negocios legales de los clanes hasta las disputas territoriales entre linajes rivales. Ignorar una invitación suya no era como ignorar la llamada de un cliente molesto. Era, en el mejor de los casos, una descortesía política. En el peor, podía interpretarse como un desafío directo.

—Gracias —dijo Carla, con más frialdad de la necesaria.

El mensajero volvió a inclinar la cabeza y desapareció escaleras abajo con un paso silencioso que a Carla siempre le resultaba levemente inquietante, incluso después de tantos años tratando con vampiros de todas las edades. Cerró la puerta y se quedó de pie en medio de su salón, mirando el sobre entre sus manos durante un momento antes de decidirse a abrirlo.

Dentro había una única hoja de papel, escrita con una caligrafía elegante y antigua, del tipo que ya casi nadie usaba salvo quienes habían aprendido a escribir mucho antes de que existieran los bolígrafos.

«Señorita Carla Ávila:

Su presencia es requerida esta noche, a las diez, en mi residencia. Se tratará un asunto que interesa tanto a usted como a mí, relacionado con los recientes sucesos ocurridos cerca del río. Confío en que comprenderá la importancia de acudir puntualmente y sin acompañantes armados de manera visible.

Quedo a su disposición para cualquier consulta previa.

Pablo de León Maestro de la Ciudad de San Antonio»

Carla leyó la carta dos veces, buscando entre líneas algo más que la cortesía formal que Pablo empleaba siempre en sus comunicaciones oficiales. No encontró ninguna amenaza explícita, pero tampoco esperaba encontrarla. Los vampiros como Pablo no necesitaban amenazar abiertamente. Su poder residía precisamente en la capacidad de pedir las cosas de la manera más educada posible, dejando claro, sin decirlo nunca directamente, lo que ocurriría si esa petición no se cumplía.

Se sentó en el sofá con la carta todavía entre las manos, pensando en las implicaciones. Que Pablo la llamara justo después de la tercera muerte no podía ser casualidad. Los tres vampiros asesinados pertenecían, de una manera u otra, a la comunidad que él gobernaba, y tres asesinatos sistemáticos en diez días eran exactamente el tipo de problema que un Maestro de la Ciudad no podía permitirse ignorar. Si la gente sobrenatural empezaba a sentirse insegura bajo su protección, su autoridad se debilitaba. Y los vampiros, más que casi cualquier otra criatura que Carla conocía, entendían el poder como algo que debía mantenerse visible en todo momento.

Llamó a Daniel antes de prepararse para la reunión.

—Pablo de León me ha invitado a su residencia esta noche —dijo, sin más preámbulo—. Quiere hablar sobre los asesinatos.

Hubo un silencio breve al otro lado de la línea. —¿Vas a ir?

—No tengo mucha alternativa. Rechazar una invitación del Maestro de la Ciudad sin una razón muy sólida podría interpretarse como una falta de respeto grave, y ahora mismo necesito que la comunidad vampírica de San Antonio me vea como alguien neutral, no como alguien que se pone del lado de la policía contra ellos.

—No me gusta que vayas sola a la casa de un vampiro de cuatrocientos años.

—Tampoco me gustaría a mí que fueras tú, un humano sin ninguna protección mágica, así que estamos empatados —Carla se levantó del sofá, caminando hacia su habitación mientras hablaba—. Además, la carta especifica que vaya sin acompañantes armados de manera visible. Si apareces

conmigo con una pistola en la cadera, lo único que conseguiremos será empezar la reunión con mal pie.

—¿Y tú vas a ir armada?

—Voy a ir con lo que siempre llevo encima. Nada que un vampiro de su edad no pueda notar de todas formas, así que no tiene sentido esconderlo —Carla abrió su armario, buscando algo que no fueran sus habituales jeans de trabajo. Las reuniones con el Maestro de la Ciudad exigían cierto nivel de formalidad, aunque fuera mínimo, y presentarse con ropa claramente pensada para una pelea callejera no era la mejor manera de empezar una conversación diplomática. —Avísame si no tienes noticias mías antes de medianoche. Aunque estoy segura de que no va a pasar nada. Pablo no gana nada matándome dentro de su propia casa.

—Eso espero —dijo Daniel, sin sonar del todo convencido.

Carla eligió al final unos pantalones negros ajustados y una blusa oscura de manga larga, lo suficientemente elegante como para no parecer fuera de lugar en una mansión, pero lo bastante práctica como para permitirle moverse con libertad si las cosas se complicaban. Se recogió el pelo en una trenza gruesa, se puso la cruz de plata de su abuela sobre la blusa, bien visible, y guardó en el bolsillo interior de su chaqueta un pequeño frasco de agua bendita, más por costumbre que por convicción real de que fuera a necesitarlo.

La residencia de Pablo de León se encontraba en las afueras de la ciudad, en una zona de mansiones antiguas rodeadas de árboles centenarios, lejos del ruido y del tráfico del centro. Carla condujo casi cuarenta minutos hasta llegar a una verja de hierro forjado que se abrió automáticamente cuando su coche se detuvo frente a ella, como si alguien dentro de la propiedad hubiera estado esperando su llegada con precisión milimétrica. El camino de entrada serpenteaba entre jardines cuidados con un gusto que hablaba de siglos de práctica, iluminados por pequeñas lámparas de gas que daban al lugar un aire anticuado y, al mismo tiempo, extrañamente elegante.

La mansión en sí era un edificio de piedra clara, de dos plantas, con ventanas altas y una entrada flanqueada por columnas que recordaban vagamente a la arquitectura colonial española. Carla aparcó donde le indicó un hombre uniformado que apareció de la nada en cuanto detuvo el motor, y caminó hacia la puerta principal con la sensación familiar de estar entrando en un territorio que no le pertenecía y en el que las reglas del juego las ponía siempre otra persona.

La puerta se abrió antes de que llegara a tocarla. Un hombre de unos treinta y cinco años de aspecto, piel clara y el pelo castaño peinado hacia atrás con precisión, vestido con un traje gris impecable, la recibió con una sonrisa que resultaba, de alguna manera, tan calculada como sincera.

—Señorita Ávila —dijo, extendiendo una mano que Carla estrechó con cautela—. Soy Sebastian Vale, consejero del Maestro de la Ciudad. Le agradezco que haya aceptado venir con tan poco tiempo de aviso.

—No es que tuviera muchas opciones —respondió Carla, sin molestarse en suavizar el comentario.

Sebastian rio suavemente, un sonido agradable que no lograba disimular del todo la evaluación constante que sus ojos hacían de ella. —Pocos las tienen, cuando se trata de una invitación del Maestro. Pero le aseguro que esta noche solo se trata de una conversación. Nada más —hizo un gesto hacia el interior de la casa—. Sígueme, por favor. Pablo la espera en el salón principal.

El interior de la mansión sorprendió a Carla por su sobriedad. Había esperado excesos, el tipo de ostentación que muchos vampiros viejos mostraban como prueba de su longevidad y su riqueza, pero en cambio encontró pasillos de paredes claras, muebles antiguos pero discretos, y una colección de arte que parecía elegida con un criterio genuinamente refinado más que con la intención de impresionar a los visitantes. Todo en la casa transmitía la misma sensación que transmitía Sebastian: control absoluto, ejercido con la mínima ostentación posible.

Cruzaron un pasillo largo, flanqueado por retratos antiguos que Carla no tuvo tiempo de examinar con detalle, hasta llegar a unas puertas dobles de madera oscura. Sebastian las abrió sin

llamar, dejando ver un salón amplio iluminado por lámparas de pie que proyectaban una luz cálida y baja sobre una sala decorada con estanterías llenas de libros, un par de sofás de cuero envejecido y una chimenea apagada, ya que el calor texano hacía innecesario cualquier fuego, aunque la presencia de la chimenea sugería que la casa había sido construida en una época en la que ese detalle sí importaba.

De pie junto a una de las ventanas, con las manos entrelazadas a la espalda, esperaba un hombre de aspecto cuarentón, delgado y de estatura media, vestido con un traje oscuro sin corbata que le daba un aire más de diplomático que de gobernante sobrenatural. Tenía el pelo oscuro, con las primeras canas visibles en las sienes, y unos ojos castaños tan oscuros que parecían casi negros bajo la luz tenue del salón.

—Señorita Ávila —dijo Pablo de León, girándose para mirarla con una cortesía cuidadosamente medida, aunque sin disimular del todo la curiosidad—. Gracias por venir. Espero que el viaje no haya sido demasiado molesto.

—He tenido viajes peores —respondió Carla, quedándose de pie cerca de la entrada, sin aceptar todavía la invitación implícita de acercarse más.

Pablo sonrió, un gesto breve que apenas movió las comisuras de sus labios. —Imagino que sí, dado su trabajo. Por favor, siéntese. Esto será mucho más sencillo si no pasamos toda la conversación mirándonos desde extremos opuestos de la habitación.

Carla dudó un instante, evaluando la situación con la misma cautela profesional que aplicaba siempre al entrar en territorio desconocido. Sebastian permanecía cerca de la puerta, observándola con una atención discreta, y Pablo seguía de pie junto a la ventana, sin hacer ningún movimiento amenazante, pero tampoco ningún gesto que sugiriera prisa. Decidió finalmente sentarse en uno de los sofás, eligiendo un lugar desde el que pudiera ver tanto la puerta como a los dos vampiros presentes en la sala.

—Usted ya sabrá por qué la he hecho venir —dijo Pablo, tomando asiento frente a ella con un movimiento tan controlado que casi parecía coreografiado.

—Tres vampiros muertos en diez días —respondió Carla—. Todos destruidos de la misma manera. Imagino que a estas alturas ya conoce todos los detalles que la policía tiene, probablemente mejor que yo.

—Conozco los detalles técnicos, sí. Lo que no conozco es quién está detrás de esto, ni por qué mi ciudad se ha convertido de repente en un coto de caza —la voz de Pablo se mantenía perfectamente serena, sin el más mínimo rastro de la ira que Carla habría esperado en un gobernante que veía amenazada su autoridad—. Y por eso, señorita Ávila, quiero pedirle algo.

—Puede pedir —dijo Carla, con cuidado—, pero eso no significa que vaya a aceptarlo.

Sebastian se movió ligeramente junto a la puerta, un gesto casi imperceptible que, sin embargo, Carla registró de inmediato. Pablo, en cambio, no mostró ninguna reacción visible ante la respuesta. Se limitó a inclinar la cabeza levemente, como si esperara exactamente ese tipo de resistencia y, de alguna manera, la apreciara.

—Por supuesto —dijo, entrelazando de nuevo los dedos sobre su regazo—. No esperaré menos de alguien con su reputación de independencia. Pero antes de que decida nada, permítame explicarle lo que tengo en mente, y por qué creo que nuestros intereses, en este caso particular, coinciden más de lo que usted podría suponer en este momento.

—La escucho —dijo Carla, aunque su tono dejaba claro que escuchar no era lo mismo que aceptar.

Pablo se tomó un momento antes de continuar, el tipo de pausa que solo se permitían quienes habían aprendido, a lo largo de siglos, que el silencio bien administrado valía más que cualquier discurso apresurado. —Necesito que encuentre a la persona responsable de estas muertes. No como agente de la policía humana, sino trabajando directamente para mí. Tendría acceso a información que Mercer y su departamento jamás podrán conseguir: registros internos de los clanes, testimonios

de vampiros que nunca hablarían frente a un humano, y recursos que ninguna orden judicial podría igualar.

—¿Y a cambio?

—A cambio, una compensación generosa. Y, si me permite ser sincero, algo que considero todavía más valioso para alguien en su posición: mi protección personal, y la de la ciudad entera, extendida sobre usted de manera explícita —Pablo la miró con una intensidad tranquila, como si estuviera acostumbrado a que la gente tardara en comprender el verdadero peso de lo que ofrecía—. Eso significa mucho, señorita Ávila, en un mundo donde no todos los vampiros respetan tanto como yo las leyes humanas.

Carla se quedó en silencio un momento, sopesando la oferta con la misma frialdad con la que examinaba cualquier escena de un crimen. Sabía que aceptar trabajar directamente para el Maestro de la Ciudad la colocaría en una posición extraña, atrapada entre dos lealtades que rara vez coincidían del todo: la policía humana, que confiaba en ella precisamente porque la consideraba neutral, y ahora un gobernante sobrenatural que quería comprar esa misma neutralidad para sus propios fines.

—Con todo respeto —dijo finalmente—, mi trabajo depende de que la gente, humana y sobrenatural, confíe en que no estoy del lado de nadie. Si acepto trabajar para usted, esa confianza desaparece. Y sin ella, no puedo hacer bien mi trabajo con nadie, ni siquiera con usted.

Algo cambió en la expresión de Pablo, apenas una sombra, tan breve que Carla no habría podido asegurar si la había imaginado o no. —Entiendo su posición. Es, de hecho, exactamente la posición que esperaba que defendiera —se levantó del sofá con un movimiento fluido y caminó de nuevo hacia la ventana, dándole la espalda por un instante—. Dígame entonces, señorita Ávila: si no acepta trabajar para mí de manera oficial, ¿estaría al menos dispuesta a mantenerme informado de manera... informal? Un intercambio de cortesías entre profesionales, nada más. Usted continúa su investigación exactamente como la habría continuado de todas formas, y simplemente comparte conmigo lo que considere oportuno compartir.

—Eso suena mucho más razonable —admitió Carla, aunque sin bajar completamente la guardia—. Pero el intercambio funciona en ambas direcciones. Si quiere que comparta información con usted, también voy a necesitar que usted comparta información conmigo. Empezando por cualquier cosa que sepa sobre una posible deuda antigua relacionada con estas muertes.

Pablo se giró de nuevo hacia ella, y por primera vez desde que Carla había entrado en la sala, algo parecido a una genuina sorpresa cruzó su rostro, controlada casi al instante, pero no lo suficientemente rápido como para que ella no lo notara.

—¿Una deuda antigua?

—Es lo que dijo la última víctima antes de apagarse para siempre. Que la persona que lo mató habló de pagar una deuda antigua —Carla observó atentamente la reacción de Pablo, buscando cualquier señal de que aquello significara algo más de lo que su expresión dejaba entrever—. ¿Le suena de algo?

Sebastian, todavía junto a la puerta, se movió de nuevo, esta vez de manera algo más visible, y Pablo levantó una mano casi imperceptible en su dirección, un gesto que Carla interpretó sin dificultad como una orden silenciosa para que su consejero permaneciera callado.

—No de manera inmediata —respondió Pablo, con una calma que a Carla le pareció, de repente, un poco más cuidadosa de lo habitual—. Pero San Antonio tiene siglos de historia, señorita Ávila, y la mayoría de esa historia está llena de deudas que nadie recuerda ya con claridad. Le prometo que voy a pensar en ello con atención.

Carla asintió, aunque anotó mentalmente la reacción de Pablo para analizarla más tarde con calma, lejos de la influencia directa de su presencia. Había algo en la manera en que había pronunciado esa última frase, demasiado cuidadosa, demasiado medida, que le decía que el Maestro de la Ciudad sabía más de lo que estaba dispuesto a admitir esa noche.

Carla se acomodó en el sofá, sin bajar la guardia ni un instante, consciente de que la verdadera conversación, la que realmente importaba, apenas estaba empezando. Fuera lo que fuera lo que Pablo de León tuviera pensado pedirle, sabía que la respuesta que ella le diera esa noche iba a determinar mucho más que el curso de una simple investigación policial.

Ejercicios de vocabulario

Ejercicio 1. Completa las frases con la palabra correcta del vocabulario.

1. El mensajero llevaba un sobre cerrado con el _____ oficial del Maestro de la Ciudad.
2. Carla sabía que _____ la invitación sin una buena razón podría interpretarse como una falta de respeto.
3. Pablo de León gobierna San Antonio como _____ desde hace siglos.
4. Sebastian Vale es el _____ de Pablo y se encarga de recibir a los visitantes.
5. Ignorar la invitación podría tener graves _____ para el trabajo de Carla.
6. La reunión se celebró en la _____ de Pablo, en las afueras de la ciudad.
7. El mensajero se despidió con una ligera _____, un gesto de cortesía formal.
8. Cada clan vampírico defiende su propio _____ dentro de la ciudad.
9. Sebastian recibió a Carla con mucha _____, aunque sus ojos no dejaban de evaluarla.
10. Pablo confía en la _____ de sus consejeros más cercanos.

Ejercicio 2. Relaciona cada palabra con su definición en ruso.

1. cortesía: a) человек, доставляющий официальное сообщение
2. mensajero: b) вежливость, учтивое поведение
3. linaje: c) отказаться, не подчиниться приказу или просьбе
4. desafiar: d) клан или род вампиров
5. lealtad: e) верность, преданность

Respuestas

Ejercicio 1:

1. sello · 2. rechazar · 3. Maestro de la Ciudad · 4. consejero · 5. consecuencias políticas · 6. mansión · 7. inclinación de cabeza · 8. territorio · 9. cortesía · 10. lealtad

Ejercicio 2:

1-b, 2-a, 3-d, 4-c, 5-e

Capítulo 4. El Maestro de San Antonio

Vocabulario del capítulo

Antes de leer, repasa estas palabras. Son clave para entender la escena.

negarse (a hacer algo) — отказываться (что-то делать)

la jurisdicción — юрисдикция, сфера полномочий

la neutralidad — нейтралитет

el acuerdo — соглашение, договорённость

imparcial — беспристрастный

la autoridad — власть, авторитет

ceder — уступать

exigir — требовать

la advertencia — предупреждение

sospechar — подозревать

el asunto interno — внутреннее дело

la firmeza — твёрдость (характера)

la corte (vampírica) — двор (вампирский)

el traidor / la traidora — предатель / предательница

inquietante — тревожный, вызывающий беспокойство

El silencio que siguió a las palabras de Pablo se prolongó más de lo que resultaba cómodo. Carla lo dejó extenderse a propósito, sin llenar el vacío con ninguna pregunta ni ningún comentario innecesario. Había aprendido, con los años, que el silencio incomodaba a los vampiros tanto como a cualquier humano, aunque la mayoría de ellos fingiera exactamente lo contrario.

Observó la sala mientras esperaba, fijándose en detalles que no había tenido tiempo de examinar al entrar. Las estanterías estaban llenas de libros verdaderos, no de decoración vacía: lomos desgastados, algunos en español antiguo, otros en idiomas que ni siquiera reconoció. Sobre una mesa auxiliar descansaba un ajedrez a medio terminar, con las piezas colocadas en una posición que sugería una partida interrumpida hacía tiempo, quizás años, esperando pacientemente a que alguien decidiera continuarla. Todo en aquella habitación hablaba de un hombre acostumbrado a pensar con calma, a dejar que las cosas maduraran antes de actuar, una cualidad que Carla encontraba, a partes iguales, tranquilizadora y profundamente inquietante en alguien con tanto poder real sobre la vida y la muerte de otros.

Pablo fue el primero en romper el silencio, aunque lo hizo con la misma calma medida que había mostrado durante toda la conversación.

—Permítame ser más directo, señorita Ávila —dijo, volviendo a sentarse frente a ella—. Le pido formalmente que encuentre a la persona responsable de estas muertes. No como una sugerencia amable entre profesionales, sino como una petición seria, respaldada por todo lo que puedo ofrecerle a cambio.

—Y yo le he dicho que no puedo aceptar esa petición sin comprometer la única cosa que hace útil mi trabajo —respondió Carla, sin dejar que la formalidad de Pablo la presionara a suavizar su propia postura—. Si empiezo a resolver crímenes para el Maestro de la Ciudad, cualquier vampiro con un problema legal en San Antonio va a asumir que trabajo para usted. Y cualquier humano con un problema relacionado con vampiros va a asumir lo mismo. Eso destruye exactamente la neutralidad que me permite investigar casos como este en primer lugar.

Sebastian, que había permanecido callado durante casi toda la conversación, se adelantó un paso desde la puerta. —Con todo respeto, señorita Ávila, tal vez subestima el peligro real de la situación.

Si esta persona continúa matando a vampiros de la ciudad, las consecuencias no se limitarán a la comunidad sobrenatural. Historias así terminan filtrándose a la prensa humana. Y cuando eso ocurre, el miedo no distingue entre vampiros culpables e inocentes.

—Entiendo el peligro perfectamente, señor Vale —respondió Carla, sin apartar la vista de Pablo—. Lo entiendo mejor que la mayoría, de hecho, porque soy yo quien tiene que levantar a los muertos y escuchar lo que queda de ellos antes de que se apaguen para siempre. Pero entender el peligro no significa que deba resolverlo trabajando exclusivamente para usted.

Pablo levantó una mano, un gesto pequeño que bastó para que Sebastian retrocediera de nuevo hacia la puerta sin decir una palabra más. La autoridad de Pablo, notó Carla, no necesitaba nunca elevar la voz. Le bastaba con moverse, con mirar, con dejar que el peso de siglos de poder acumulado hiciera el trabajo por él.

—Dígame entonces —continuó Pablo—, qué pasaría si yo simplemente le exigiera su cooperación, en lugar de pedírsela con cortesía. ¿Qué haría usted, señorita Ávila, si yo decidiera que su neutralidad ya no me sirve de nada, y que prefiero tenerla trabajando directamente bajo mi autoridad, con o sin su consentimiento?

La pregunta quedó flotando en el aire del salón, cargada de una amenaza que Pablo nunca había pronunciado directamente, pero que tampoco había intentado disimular del todo. Carla sintió el peso de la pregunta, consciente de que la manera en que respondiera podía definir no solo esa conversación, sino toda su relación futura con el gobernante más poderoso de la comunidad sobrenatural de San Antonio.

—Si usted decidiera eso —respondió, con la voz firme pero sin levantar el tono—, yo seguiría negándome. Y usted tendría que decidir si de verdad le conviene obligar por la fuerza a la única nigromante certificada de la ciudad dispuesta a trabajar con la policía humana en casos como este. Porque si me obliga, dejo de ser útil para cualquiera, incluido usted. Una persona que trabaja bajo coacción no investiga igual que una persona que elige investigar.

Algo cambió en el rostro de Pablo entonces, una expresión que Carla no supo interpretar del todo al principio, hasta que comprendió que se trataba, sorprendentemente, de aprobación.

—Bien —dijo Pablo, con una sonrisa breve que por primera vez en toda la noche pareció genuina—. Esa es exactamente la respuesta que esperaba escuchar.

Carla frunció el ceño, desconcertada por el giro repentino en la conversación. —¿Perdón?

—Señorita Ávila, llevo cuatrocientos cincuenta años gobernando distintos territorios, y en ese tiempo he aprendido a distinguir con bastante precisión entre las personas que ceden bajo presión y las que no. Si usted hubiera aceptado trabajar para mí solo porque yo insinué una amenaza, habría dejado de confiar en usted en este mismo instante. Necesito a alguien capaz de decirme que no, precisamente porque eso significa que también será capaz de decirme la verdad cuando la encuentre, aunque esa verdad no me convenga —Pablo se recostó en su asiento, entrelazando de nuevo los dedos—. No voy a obligarla a nada, señorita Ávila. Continúe su investigación como la habría continuado de todas formas. Y si en algún momento decide que necesita algo de mí, sabrá dónde encontrarme.

Carla lo observó con una desconfianza que no intentó disimular. Había esperado resistencia, presión, quizás incluso una amenaza más explícita. No había esperado que Pablo simplemente aceptara su negativa con tanta facilidad, casi con satisfacción, como si aquello hubiera sido exactamente el resultado que buscaba desde el principio.

—Eso ha sido demasiado fácil —dijo, sin poder evitarlo.

Pablo rio, un sonido bajo y contenido que apenas alteró la expresión serena de su rostro. —Tal vez. O tal vez usted simplemente no está acostumbrada a que alguien con poder respete sus límites sin necesidad de ponerlos a prueba primero. No todos los que gobiernan confunden el poder con la crueldad, señorita Ávila, aunque entiendo que su experiencia con vampiros de mi edad le haya enseñado a esperar lo peor.

—Mi experiencia me ha enseñado a no confiar en nadie que consiga lo que quiere sin ningún esfuerzo aparente —respondió Carla, poniéndose de pie—. Y usted acaba de conseguir que yo siga investigando este caso exactamente igual que ya lo estaba haciendo, sin tener que ceder nada a cambio. Perdóneme si eso me hace sospechar que la conversación de esta noche tenía un propósito distinto al que parecía.

La expresión de Pablo no cambió, pero algo en sus ojos oscuros pareció, por un instante, evaluarla con un interés renovado. —Es usted más perceptiva de lo que la mayoría de la gente asume al conocerla, señorita Ávila. Eso habla bien de usted, y mal de sus enemigos futuros —se levantó también, ajustándose la chaqueta con un gesto casi mecánico—. Le seré sincero, ya que parece apreciar la sinceridad más que la cortesía vacía: sí, esta conversación tenía otro propósito además del evidente. Necesitaba ver cómo reaccionaba usted bajo presión, antes de decidir cuánto podía confiarle sobre la situación real de mi corte.

—¿Y qué situación real es esa?

Pablo intercambió una mirada breve con Sebastian, una comunicación silenciosa que Carla no pudo descifrar del todo, antes de responder. —Digamos que no todos los que me rodean están tan satisfechos con mi gobierno como podría parecer desde fuera. Tres muertes en diez días, ocurridas bajo mi supuesta protección, son exactamente el tipo de debilidad que ciertos elementos de mi corte podrían aprovechar para cuestionar mi capacidad de mantener el orden. Si usted resuelve este caso trabajando de manera independiente, sin ninguna conexión visible conmigo, el resultado me beneficia de todas formas, sin que nadie pueda acusarme de haber comprado la solución.

Carla asintió lentamente, comprendiendo por fin la verdadera naturaleza de la petición de Pablo. No había querido comprarla. Había querido comprobarla, medir su carácter, y al mismo tiempo sembrar en ella la idea de que su éxito o su fracaso en este caso tendría consecuencias que iban mucho más allá de atrapar a un asesino.

—¿Está usted diciéndome que alguien dentro de su propia corte podría estar detrás de esto? —preguntó, con una frialdad calculada que ocultaba el peso real de la pregunta.

—Estoy diciéndole que no lo descarte —respondió Pablo, sin comprometerse del todo—. Y estoy diciéndole también que, si llega a esa conclusión, tendrá que decidir con mucho cuidado a quién se lo comunica primero. No todos en esta casa merecen la misma confianza, señorita Ávila. Ni siquiera todos los que llevan mucho tiempo a mi servicio.

Carla percibió, más que vio, la tensión repentina que recorrió a Sebastian junto a la puerta, aunque él no dijo nada ni cambió su expresión de manera visible. Se preguntó, brevemente, si aquel comentario de Pablo había sido dirigido a ella o a su propio consejero, presente en la sala durante toda la conversación.

—Voy a tener eso en cuenta —dijo finalmente, dirigiéndose hacia la puerta.

—Una última cosa, señorita Ávila —la voz de Pablo la detuvo justo antes de que alcanzara la salida—. Cuídense. Sinceramente. No por cortesía política, sino porque quien está haciendo esto ha demostrado ya tres veces que es capaz de destruir a vampiros mucho más viejos y más fuertes que la mayoría de las amenazas que usted ha enfrentado hasta ahora. Si esa persona llega a considerarla un obstáculo, no creo que dude en tratarla con la misma eficiencia con la que ha tratado a mis vampiros.

Carla se giró para mirarlo una última vez. —Gracias por la advertencia. Aunque, si le soy sincera, ya había llegado sola a esa conclusión.

Pablo sonrió de nuevo, esa misma sonrisa breve y controlada. —No esperaba menos.

Sebastian la acompañó de vuelta hasta la entrada principal en un silencio que contrastaba notablemente con la cortesía habladora que había mostrado al recibirla. Carla lo observó de reojo durante el trayecto, preguntándose si el comentario de Pablo sobre la confianza había sido realmente dirigido a él, y si Sebastian lo sabía tan bien como ella sospechaba.

Cruzaron de nuevo el pasillo de los retratos antiguos, y esta vez Carla se permitió detenerse un momento frente a uno de ellos: un hombre de mirada severa vestido con ropas de otro siglo, pintado con un estilo que a ella le pareció español, quizás del periodo colonial.

—¿Quién es? —preguntó, señalando el cuadro con un gesto breve.

—El propio Pablo —respondió Sebastian, sin sorprenderse de la pregunta—. Pintado poco después de su transformación, en Nueva España. Le gusta conservarlo como recordatorio de quién era antes de convertirse en lo que es ahora.

—¿Y quién era?

—Un hombre ambicioso, según cuenta la leyenda de la casa. Un segundo hijo sin herencia que decidió que la muerte no iba a impedirle conseguir poder de todas formas —Sebastian esbozó una sonrisa breve, casi nostálgica, aunque él mismo no había vivido esa época—. Cuatrocientos cincuenta años después, diría que lo consiguió.

Carla observó el retrato un momento más, buscando en los ojos pintados algo del hombre que acababa de conocer en el salón. Encontró, en cambio, la misma expresión calculada y serena que Pablo mostraba en persona, como si el tiempo no hubiera cambiado en absoluto la manera en que decidía presentarse ante el mundo.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo Sebastian, cuando finalmente llegaron a la puerta principal.

—Puede preguntar. No prometo responder.

—¿De verdad cree que alguien de dentro podría estar involucrado en esto?

Carla lo estudió un momento antes de contestar, evaluando la pregunta con la misma cautela que aplicaba a cualquier información nueva en un caso todavía tan abierto. —No sé todavía qué creer, señor Vale. Pero le diré lo mismo que le he dicho a Pablo: cuando lo sepa, decidiré con mucho cuidado a quién se lo cuento primero.

Algo parecido a una sonrisa apareció en el rostro de Sebastian, aunque desapareció tan rápido como había llegado. —Justa respuesta. Buenas noches, señorita Ávila. Conduzca con cuidado.

Carla salió de la mansión hacia la noche cálida de Texas, caminando por el sendero iluminado con lámparas de gas hasta su coche, todavía aparcado donde lo había dejado. El aire olía a jazmín y a tierra húmeda, un contraste extraño con la tensión que todavía sentía en los hombros después de la conversación. Condujo de vuelta hacia el centro de la ciudad con las ventanas cerradas esta vez, necesitando el silencio del interior del coche para procesar todo lo que acababa de escuchar.

Pablo no era el villano obvio que ella había esperado encontrar. Era algo mucho más complicado: un gobernante inteligente, cuidadoso, capaz de ceder terreno estratégicamente cuando le convenía, pero también capaz de sembrar dudas y sospechas con la misma precisión con la que sembraba cortesías. Le había dado información valiosa esa noche, la posibilidad de un traidor dentro de su propia corte, pero también le había dejado claro, sin decirlo directamente, que confiar en cualquiera relacionado con su casa podía ser un error costoso.

Cuando llegó a su apartamento, ya pasada la medianoche, revisó su teléfono por costumbre antes de entrar. Tenía un mensaje de Daniel preguntando si todo había salido bien, al que respondió brevemente que sí, que le contaría los detalles al día siguiente. No tenía ningún mensaje de Angel, lo cual no le pareció extraño en ese momento, ya que su amiga solía acostarse temprano cuando le tocaba turno de mañana en la central de emergencias.

Se metió en la cama sin quitarse del todo la ropa, demasiado cansada para preocuparse por los detalles, con la mente todavía dando vueltas alrededor de las palabras de Pablo. Un traidor posible dentro de la corte. Una deuda antigua que nadie parecía recordar con claridad. Tres vampiros muertos, elegidos por razones que todavía no lograba entender del todo. Y en algún rincón de la ciudad, un club llamado MIEL, esperando a que ella encontrara finalmente un motivo lo bastante fuerte como para cruzar su puerta.

Antes de cerrar los ojos, pensó de nuevo en la pregunta que Pablo le había hecho al principio de la noche, la hipótesis que nunca llegó a convertirse en amenaza real: qué pasaría si él decidiera

obligarla por la fuerza. Se preguntó si esa pregunta había sido solo una manera elegante de medirla, como él mismo había admitido después, o si en el fondo Pablo consideraba esa posibilidad más seriamente de lo que quería aparentar. Un gobernante que llevaba cuatrocientos cincuenta años en el poder no sobrevivía tanto tiempo sin estar dispuesto a usar la fuerza cuando la cortesía dejaba de funcionar. Carla lo sabía, y sospechaba que Pablo sabía que ella lo sabía, lo cual, de alguna manera extraña, hacía que confiara un poco más en él, no menos.

Se durmió sin saber que, a la mañana siguiente, la investigación estaba a punto de convertirse en algo mucho más personal de lo que había sido hasta entonces.

Ejercicios de vocabulario

Ejercicio 1. Completa las frases con la palabra correcta del vocabulario.

1. Carla decidió _____ a trabajar formalmente para Pablo, para no comprometer su neutralidad.
2. Resolver disputas internas de los vampiros no entra dentro de la _____ de Carla.
3. Si aceptara ese trabajo, perdería la _____ que le permite investigar casos con ambas partes.
4. Pablo propuso un _____ informal: intercambio de información sin compromiso oficial.
5. Carla insistió en seguir siendo _____ entre humanos y vampiros.
6. Pablo nunca alza la voz; su _____ se basa en siglos de poder acumulado.
7. Pablo terminó por _____ ante la firmeza de Carla, sin insistir más esa noche.
8. Carla dijo que, si Pablo llegara a _____ cooperación por la fuerza, dejaría de ser útil para cualquiera.
9. Antes de despedirse, Pablo le dio una última _____ sobre el peligro real de la situación.
10. Carla empezó a _____ que la conversación tenía un propósito distinto al evidente.

Ejercicio 2. Relaciona cada palabra con su definición en ruso.

1. firmeza: a) внутреннее дело
2. la corte (vampírica): b) вампирский двор, ближайшее окружение правителя
3. el traidor: c) твёрдость характера, упорство
4. el asunto interno: d) предатель
5. inquietante: e) тревожный, вызывающий беспокойство

Respuestas

Ejercicio 1:

1. negarse · 2. jurisdicción · 3. neutralidad · 4. acuerdo · 5. imparcial · 6. autoridad · 7. ceder
· 8. exigir · 9. advertencia · 10. sospechar

Ejercicio 2:

1-c, 2-b, 3-d, 4-a, 5-e

Capítulo 5. Angel desaparece



Vocabulario del capítulo

Antes de leer, repasa estas palabras. Son clave para entender la escena.

desaparecer — исчезать, пропадать

el secuestro — похищение

la garra — коготь

forzar (una entrada) — взломать (проникнуть силой)

el rastro — след, отпечаток

el forcejeo — борьба, сопротивление

la mancha de sangre — пятно крови

el señuelo — приманка

la escena del secuestro — место похищения

temblar — дрожать

la determinación — решимость

contaminar (una escena) — загрязнить, испортить (место преступления)

arrastrar — тащить, волочить

el umbral — порог

la cautela — осторожность

Carla se despertó con el sonido de su propio teléfono vibrando contra la mesita de noche, y por un instante, todavía medio dormida, pensó que se trataba de otra llamada de Daniel sobre algún nuevo cadáver. Miró la pantalla y vio el nombre de su supervisora en la central de emergencias, una mujer llamada Rita a quien Carla solo había visto dos o tres veces en persona, en cumpleaños o reuniones familiares con Angel.

Contestó con la voz todavía ronca por el sueño. —¿Rita?

—Carla, perdona que te llame tan temprano. Estoy intentando localizar a Angel y no contesta el teléfono. Sé que sois amigas cercanas, pensé que quizás tú sabrías algo.

Carla se incorporó de golpe en la cama, la somnolencia desapareciendo de inmediato. —¿No ha ido a trabajar?

—No se ha presentado a su turno, y eso nunca le pasa. Llevo dos horas llamándola sin respuesta. He mandado a alguien a su apartamento, pero nadie contesta a la puerta tampoco —Rita hizo una pausa breve, y Carla pudo escuchar la preocupación genuina en su voz, no la simple molestia de una jefa con un empleado ausente—. Sé que suena exagerado, pero Angel jamás falta sin avisar. Ni siquiera cuando estuvo enferma el año pasado dejó de mandar un mensaje con veinte minutos de antelación.

—Voy para allá ahora mismo —dijo Carla, ya levantándose de la cama y buscando su ropa con una mano mientras sostenía el teléfono con la otra—. Avísame si sabes algo más antes de que llegue.

Colgó y se vistió en menos de tres minutos, sin molestarse esta vez en pensar demasiado en lo que se ponía. Salió de su apartamento con el corazón latiendo más rápido de lo que le habría gustado admitir, repitiéndose a sí misma que probablemente no era nada, que Angel se había quedado dormida después de un turno especialmente largo, que había perdido el teléfono, que existían mil explicaciones normales para una ausencia como esa. Pero una parte de ella, la parte que llevaba diez años trabajando con la muerte de cerca, sabía reconocer cuándo una explicación normal empezaba a sonar como un intento desesperado de no pensar en las anormales.

El trayecto hasta el apartamento de Angel le pareció más largo de lo habitual, aunque condujo casi todo el camino superando el límite de velocidad. Cuando llegó, encontró la puerta del edificio abierta, sin nadie vigilando la entrada como solía ocurrir a esa hora, y subió las escaleras de dos en dos hasta el tercer piso.

La puerta del apartamento de Angel estaba cerrada, pero no con llave. Carla llamó dos veces, esperó, y al no obtener respuesta, giró el pomo con cuidado. Se abrió sin resistencia.

—¿Angel?

El silencio que recibió su voz tenía una calidad distinta a la de un apartamento simplemente vacío. Carla entró despacio, con los sentidos alerta de una manera que solo se activaban cuando su instinto profesional reconocía algo que su mente todavía no había procesado del todo. La sala estaba en orden, sin señales evidentes de lucha, pero había algo extraño en el aire, un olor apenas perceptible que Carla identificó de inmediato porque lo había sentido antes, en decenas de escenas de crimen relacionadas con lo sobrenatural.

Olor a vampiro. Ese rastro particular, frío y ligeramente dulzón, que dejaban tras de sí cuando pasaban tiempo en un lugar cerrado.

Caminó hacia el dormitorio de Angel con el pulso acelerado, encontrando la cama deshecha, como si su amiga hubiera estado a punto de levantarse para ir a trabajar. El teléfono de Angel estaba sobre la mesita de noche, con la pantalla resquebrajada, como si hubiera caído al suelo con fuerza antes de que alguien lo recogiera y lo devolviera a su sitio. Carla lo tomó con manos que empezaban a temblar ligeramente, algo que rara vez le ocurría incluso frente a los cadáveres más perturbadores.

Fue entonces cuando notó las marcas en el marco de la ventana. Dos pequeños arañazos, casi invisibles si no se sabía qué buscar, del tipo que dejaban las garras de un vampiro al forzar una entrada silenciosa, sin romper el cristal, sin hacer el ruido suficiente como para despertar a los vecinos. Carla se acercó y examinó el alféizar con atención profesional, notando también un rastro apenas visible de polvo dorado, casi como polen, esparcido sobre la madera.

Se agachó junto a la ventana, estudiando el ángulo exacto de los arañazos con la misma disciplina con la que examinaba cualquier escena del crimen, aunque cada segundo que pasaba le costaba más mantener esa distancia profesional. Los arañazos no mostraban señales de prisa ni de torpeza. Quien había entrado por ahí sabía exactamente lo que hacía, había calculado el ángulo justo para no romper el cristal ni hacer ruido, lo cual descartaba de inmediato la posibilidad de que se tratara de un vampiro joven o inexperto. Fuera quien fuera, tenía práctica. Y probablemente no era la primera vez que entraba en una casa ajena sin ser invitado, algo que además, según las leyes básicas que gobernaban a los vampiros, exigía cierto tipo de permiso previo o de artimaña ritual para poder cruzar el umbral sin la autorización directa del dueño.

Volvió al dormitorio y se arrodilló junto a la cama, pasando la mano con cuidado bajo el colchón y detrás de la mesita de noche, buscando cualquier objeto que pudiera haberse caído durante el forcejeo. No encontró nada más al principio, hasta que su mirada se detuvo en una pequeña grieta en la pared, cerca del suelo, del tamaño exacto de la punta de un dedo. Angel debía de haberse aferrado a algo durante el ataque, arañando la pared en un intento desesperado de resistirse, y ese pequeño detalle, insignificante para cualquiera que no conociera bien a su amiga, le confirmó a Carla algo que necesitaba saber con urgencia: Angel había luchado. No se había dejado llevar sin resistencia, lo cual significaba que, fuera quien fuera el que se la había llevado, había tenido que emplear fuerza real para conseguirlo.

Sacó su teléfono y llamó a Daniel de inmediato.

—Necesito que vengas al apartamento de Angel ahora mismo —dijo, sin darle tiempo a saludar—. Creo que se la han llevado.

—¿Qué? —la voz de Daniel se llenó de alarma al instante—. ¿Estás segura?

—Hay marcas de garras en la ventana, su teléfono está roto en el suelo del dormitorio, y hay un olor a vampiro por todo el apartamento. Ella nunca deja la puerta sin cerrar con llave, ni siquiera para bajar a por el correo —Carla cerró los ojos un instante, luchando contra el pánico que amenazaba con nublarle el juicio precisamente cuando más necesitaba mantenerlo claro—. Voy a examinar el resto del apartamento antes de que lleguen los forenses y contaminen la escena.

—Estoy saliendo ahora mismo.

Carla colgó y respiró profundamente varias veces, obligándose a pensar como la profesional que era y no como la amiga aterrorizada que en realidad sentía ser en ese momento. Recorrió el resto del apartamento con atención meticulosa, buscando cualquier detalle que pudiera indicar quién había estado allí o hacia dónde se habían llevado a Angel. En la cocina encontró una taza de café a medio terminar, ya fría, abandonada sobre la encimera como si Angel hubiera sido interrumpida en mitad de su rutina matutina. En el suelo, cerca de la puerta principal, había una pequeña mancha oscura que Carla examinó de cerca, reconociendo con un nudo en el estómago que se trataba de sangre. No mucha, apenas unas gotas, pero suficiente para confirmar que Angel no se había marchado por su propia voluntad.

Fue entonces cuando su teléfono vibró con un mensaje de un número desconocido.

Lo abrió con manos que ya no intentaba disimular que temblaban.

—Investiga. Ella vuelve a casa.

No había firma, ni ninguna otra información. Solo esas cuatro palabras, escritas con una precisión que a Carla le pareció deliberadamente ambigua, diseñada para confirmar lo que ella ya sospechaba sin revelar absolutamente nada más. Alguien tenía a Angel. Y ese alguien sabía quién era Carla y qué hacía para ganarse la vida.

Se quedó mirando la pantalla durante varios segundos, sintiendo cómo el miedo inicial se transformaba, poco a poco, en algo mucho más frío y mucho más útil: determinación. Había pasado diez años aprendiendo a controlar sus emociones frente a la muerte ajena. Nunca había necesitado aplicar esa misma disciplina a un miedo tan personal, pero descubrió, en ese momento, que el entrenamiento servía de todas formas.

Daniel llegó doce minutos después, acompañado de dos agentes uniformados que Carla reconoció vagamente de otros casos. Le enseñó el mensaje sin decir nada, dejando que él mismo leyera las cuatro palabras y llegara a las mismas conclusiones que ella ya había alcanzado.

—Esto no es un secuestro cualquiera —dijo Daniel, con la mandíbula tensa—. Esto es un mensaje dirigido específicamente a ti.

—Lo sé —Carla se cruzó de brazos, intentando contener el temblor que todavía le recorría las manos—. Quien está detrás de las muertes de los vampiros sabe que estoy investigando. Y decidió que la mejor manera de detenerme, o de controlarme, era llevarse a la persona más importante de mi vida.

—¿Crees que es la misma persona que mató a los tres vampiros?

—No lo sé con certeza, pero tiene sentido. El mensaje del vampiro decapitado hablaba de una deuda antigua. Si alguien está resolviendo cuentas pendientes con la comunidad vampírica, y yo empiezo a acercarme demasiado a la verdad, secuestrar a Angel es la manera más eficaz de hacerme retroceder sin tener que enfrentarme a mí directamente —Carla caminó hacia la ventana, examinando de nuevo las marcas de garras con una mezcla de rabia y concentración clínica—. Pero el mensaje también dice que ella vuelve a casa. Eso significa que quien la tiene no planea matarla, al menos no todavía. Me está dando algo a cambio de mi cooperación. O de mi silencio.

Daniel se acercó a examinar las marcas también, con el ceño fruncido en la expresión concentrada que Carla había aprendido a reconocer como su modo de trabajo más serio. —¿Qué vas a hacer?

—Investigar. Es exactamente lo que me está pidiendo el mensaje, así que voy a hacerlo, aunque no de la manera que probablemente espera —Carla se giró para mirarlo directamente—. Hasta ahora he estado avanzando con cautela, tratando de no molestar a nadie más de lo estrictamente necesario. Eso se acaba ahora. Voy a ir a MIEL esta misma noche. Ya no me importa si el dueño del club nota que alguien está siguiendo su rastro. Angel no tiene tiempo para que yo siga siendo prudente.

—Iré contigo.

—No —Carla negó con la cabeza, firme—. Si quien tiene a Angel me está vigilando de cerca, aparecer con un detective de homicidios podría interpretarse como una provocación, y no puedo

arriesgarme a eso mientras ella siga desaparecida. Necesito entrar en ese club como una persona cualquiera, haciendo preguntas discretas, no como parte de una investigación policial visible.

Daniel apretó los labios, visiblemente en desacuerdo, pero después de un momento asintió. Conocía a Carla lo suficiente como para saber que discutir con ella cuando había tomado una decisión de ese calibre era, en el mejor de los casos, una pérdida de tiempo.

—Al menos déjame hacer algo útil desde aquí —dijo finalmente—. Voy a revisar las cámaras de seguridad de los edificios cercanos, a ver si alguna captó algo la noche pasada. Y voy a mandar a analizar esa mancha de sangre y el polvo dorado que encontraste junto a la ventana, aunque me imagino que ya sabes lo que es.

—Es polvo de hada —dijo Carla, con una certeza amarga—. O algún tipo de componente ritual relacionado. No es común encontrarlo en un secuestro normal de vampiro, lo cual me confirma que quien se llevó a Angel no es un vampiro trabajando solo. Hay magia involucrada en esto, probablemente la misma combinación de nigromancia y brujería que el vampiro de la primera escena mencionó antes de morir.

Se quedó un momento más en el apartamento, examinando cada rincón con la atención meticulosa que su trabajo le había enseñado, buscando cualquier detalle que hubiera pasado por alto en su primer repaso apresurado. Encontró, finalmente, junto a la pata de la cama, un pequeño fragmento de tela oscura, quizás arrancado de la ropa de quien había entrado en el apartamento durante el forcejeo. Lo guardó cuidadosamente en una bolsa de plástico que llevaba siempre consigo para este tipo de situaciones, aunque nunca había imaginado que tendría que usarla en la casa de su mejor amiga.

Antes de marcharse, se detuvo un momento en el umbral de la puerta, mirando hacia atrás el apartamento que conocía tan bien, donde había pasado tantas tardes riendo con Angel sobre cosas sin importancia, hablando de trabajo, de vida, de todo lo que hacía que su amistad fuera uno de los pocos anclajes estables en un mundo tan lleno de muerte y de sombras. La idea de que alguien hubiera irrumpido en ese espacio, hubiera arrastrado a Angel fuera de su vida cotidiana precisamente para llegar hasta Carla, le provocaba una furia fría que no había sentido en mucho tiempo.

Salió del edificio ya con un plan formándose con claridad en su mente. Iría a casa a prepararse, reuniría todo lo que pudiera necesitar para una noche que sabía que iba a ser larga y probablemente peligrosa, y en cuanto cayera la noche, cruzaría por primera vez la puerta de MIEL, dispuesta a encontrar las respuestas que llevaba días persiguiendo con demasiada cautela.

De camino al coche, marcó el número de Lucía, esperando que esta vez su llamada tuviera mejor suerte que la visita frustrada del día anterior. La voz de la bruja contestó al tercer tono, cálida pero alerta, como si hubiera percibido de inmediato que algo grave había ocurrido.

—Carla, iba a llamarte precisamente ahora. He estado estudiando las fotografías que me dejaste, y hay algo que deberías saber cuanto antes.

—Va a tener que esperar unas horas, Lucía. Se han llevado a Angel.

Hubo un silencio breve al otro lado de la línea, cargado de una preocupación genuina que Carla agradeció sin tener tiempo de expresarlo del todo. —Dios mío. ¿Está viva?

—Eso creo. Recibí un mensaje diciendo que volverá a casa si sigo investigando —Carla llegó a su coche y se detuvo un momento antes de entrar, apoyando la mano libre sobre el techo caliente por el sol de la mañana—. Voy a necesitar tu ayuda esta noche, después de que vaya a un sitio primero. ¿Puedes prepararme algo de protección extra? Algo fuerte, por si las cosas se complican en MIEL.

—Claro que sí. Ven a la tienda en cuanto puedas, tendré todo listo —la voz de Lucía se volvió más seria, casi maternal—. Y Carla, ten cuidado. Lo que vi en esas fotografías no es obra de un aficionado. Sea quien sea, sabe lo que está haciendo, y no creo que dude en usar a Angel como algo más que un simple señuelo si las cosas no salen como espera.

—Lo sé —respondió Carla, con la voz más firme de lo que en realidad se sentía—. Por eso mismo no pienso darle esa oportunidad.

Angel volvería a casa. Carla se lo prometió a sí misma mientras conducía de regreso, con las manos firmes sobre el volante y la mandíbula apretada por una determinación que no pensaba dejar que nada, ni nadie, le arrebatara. Fuera quien fuera la persona que había orquestado todo aquello, estaba a punto de descubrir que había cometido un error muy grave al tocar a la única familia real que Carla tenía en el mundo.

Ejercicios de vocabulario

Ejercicio 1. Completa las frases con la palabra correcta del vocabulario.

1. Rita llamó a Carla porque Angel había _____ sin avisar a nadie.
2. Las marcas de _____ en la ventana confirmaron que un vampiro había entrado por ahí.
3. Alguien tuvo que _____ la ventana, porque Angel nunca la deja abierta por la noche.
4. Carla encontró un pequeño _____ que el agresor había dejado cerca de la cama de su amiga.
5. La grieta en la pared demostraba que había existido un verdadero _____ antes del secuestro.
6. En el suelo, cerca de la puerta, Carla vio una pequeña _____ que confirmaba que Angel no se había ido por su propia voluntad.
7. Carla no quería que los agentes llegaran antes de terminar, para no _____ ninguna prueba importante.
8. El mensaje anónimo sugería que Angel era, por el momento, solo un _____ para controlar a Carla.
9. A pesar del miedo, Carla sintió que su _____ se hacía más fuerte con cada minuto que pasaba.
10. Antes de salir, se detuvo un momento en el _____ del apartamento, mirando hacia atrás.

Ejercicio 2. Relaciona cada palabra con su definición en ruso.

1. temblar: a) осторожность, осмотрительность
2. arrastrar: b) дрожать
3. la cautela: c) тащить, волочить силой
4. el secuestro: d) исчезать, пропадать без вести
5. desaparecer: e) похищение человека

Respuestas

Ejercicio 1:

1. desaparecido · 2. garras · 3. forzar · 4. rastro · 5. forcejeo · 6. mancha de sangre · 7. contaminar
· 8. señuelo · 9. determinación · 10. umbral

Ejercicio 2:

1-b, 2-c, 3-a, 4-e, 5-d

Capítulo 6. Miel

Vocabulario del capítulo

Antes de leer, repasa estas palabras. Son clave para entender la escena.

el portero — вышибала, охранник у входа

la pista de baile — танцпол

el ambiente — атмосфера

el propietario — владелец

el encanto — обаяние, очарование

desconfiar — не доверять

el aroma — аромат

la barra (del bar) — барная стойка

observar — наблюдать

la frialdad — холодность

el privilegio — привилегия

encapuchado / encapuchada — в капюшоне

el indicio — признак, улика

la grabación (de seguridad) — запись (видеонаблюдения)

intrigar — интриговать, заинтересовывать

Lucía tenía razón sobre casi todo, y Carla lo comprobó en cuanto llegó a La Luna Verde esa tarde. La bruja la recibió con un abrazo breve pero sincero, del tipo que solo se permitía en ocasiones verdaderamente graves, y después la hizo pasar a la trastienda, donde ya tenía preparada una pequeña bolsa de tela con varios amuletos.

—Esto es sal consagrada, mezclada con hierro molido —explicó, señalando un frasco pequeño—. Sirve contra casi cualquier tipo de encantamiento defensivo que un vampiro pueda usar para intentar confundirte. Y esto —añadió, sacando un colgante de cuarzo ahumado—, te avisará si alguien intenta leer tu mente o manipular tus emociones. Se pondrá caliente contra tu piel. No es infalible, pero te dará un segundo de ventaja, que a veces es todo lo que se necesita.

Carla se colgó el cuarzo junto a la cruz de plata de su abuela, agradecida por el peso añadido, aunque sabía que ningún amuleto podía sustituir la cautela real. Lucía le explicó también, con más detalle del que había podido darle por teléfono, lo que había descubierto en las fotografías de los símbolos rituales: una mezcla extraña entre trazos de nigromancia clásica y otros que pertenecían, sin lugar a dudas, a una tradición de brujería de sangre que llevaba generaciones prohibida entre las comunidades mágicas organizadas de Texas. No era una combinación que cualquiera pudiera improvisar. Requería años de estudio en ambas disciplinas, algo que muy pocas personas en el mundo podían presumir de dominar.

—Ten mucho cuidado esta noche —le dijo Lucía al despedirse, sujetándole las manos con una firmeza que sorprendió a Carla—. Y si algo te parece demasiado fácil, confía en ese instinto. La gente peligrosa rara vez se presenta como peligrosa.

Carla pensó en esas palabras mientras conducía hacia el centro de la ciudad, ya con la noche completamente caída sobre San Antonio. El calor del día seguía atrapado entre los edificios, esa humedad pesada que nunca terminaba de disiparse ni siquiera después de la puesta de sol, pero las calles del centro habían cobrado una vida distinta, iluminadas por letreros de neón y llenas de gente que salía a cenar o a bailar, ajena por completo a que, a pocas manzanas de distancia, existía un mundo que la mayoría de ellos preferiría no conocer.

Encontró MIEL sin dificultad. El club ocupaba un edificio antiguo de ladrillo restaurado, con una entrada discreta señalada solo por un pequeño letrero dorado sobre la puerta, una abeja estilizada que brillaba tenuemente bajo una luz ámbar. No había ningún cartel llamativo, ninguna cola de gente esperando entrar, nada que sugiriera desde fuera la clase de lugar que era en realidad. Eso, más que cualquier otra cosa, le confirmó a Carla que MIEL no necesitaba anunciarse. La clientela que buscaba ya sabía dónde encontrarlo.

Un hombre enorme, vestido completamente de negro, custodiaba la entrada con los brazos cruzados y una expresión que no invitaba a la conversación. Carla se acercó con paso decidido, consciente de que la vacilación nunca funcionaba bien frente a ese tipo de guardianes.

—Necesito hablar con el propietario —dijo, sin rodeos.

El portero la miró de arriba abajo con una lentitud deliberada, evaluando algo que Carla no podía identificar del todo. —el señor Lindström no recibe visitas sin cita previa.

—Dígale que se trata de los tres vampiros asesinados en la ciudad durante las últimas dos semanas. Y de una mujer humana secuestrada esta misma mañana. Creo que le va a interesar hacer una excepción —Carla sostuvo la mirada del portero sin parpadear, dejando que el peso de sus palabras hiciera el trabajo que su presencia física, mucho más pequeña que la de él, no podía hacer por sí sola.

El hombre la observó un momento más, después habló en voz baja hacia un pequeño auricular que Carla no había notado hasta entonces. Recibió una respuesta que no llegó a escuchar, asintió y se apartó de la puerta con un movimiento casi mecánico.

—Puede pasar. Alguien la acompañará hasta él.

El interior de MIEL golpeó a Carla como un cambio de mundo completo. Después del calor pegajoso de la calle, el club recibía a sus visitantes con un aire fresco, casi frío, perfumado con algo entre incienso y miel de verdad, un aroma dulce pero nunca empalagoso. Las paredes estaban cubiertas de terciopelo oscuro, casi negro bajo la luz tenue, mientras que detalles dorados brillaban aquí y allá: los marcos de los espejos, el borde de la barra, las lámparas que colgaban del techo como gotas suspendidas de miel líquida. La música sonaba baja, casi hipnótica, y la gente que ocupaba las mesas y la pista de baile tenía esa cualidad indefinible que Carla había aprendido a reconocer con los años: la belleza demasiado perfecta, los movimientos demasiado elegantes, la manera en que algunos de ellos parecían flotar en lugar de caminar. Humanos y vampiros compartían el mismo espacio, aunque no resultaba difícil distinguir a unos de otros si se sabía qué buscar.

Una mujer joven, vestida con un vestido dorado que parecía cosido con hilos de luz, se acercó a Carla con una sonrisa profesional y la guio a través de la sala principal hacia una escalera discreta situada al fondo, medio oculta tras una cortina de terciopelo. Subieron en silencio hasta una planta superior mucho más tranquila que la de abajo, donde la música apenas se filtraba como un murmullo distante, y llegaron finalmente a una puerta de madera oscura sin ningún letrero.

La mujer llamó una vez y abrió sin esperar respuesta.

—Señorita Ávila —anunció, y se retiró de inmediato, dejando a Carla sola frente al umbral de una oficina amplia, decorada con el mismo gusto discreto y lujoso que el resto del local.

El hombre de pie junto a la ventana, mirando hacia la calle a través de un cristal que dejaba entrar la luz de los letreros de neón sin mostrar realmente nada del exterior, era, sin lugar a dudas, el ser más alto que Carla había visto en mucho tiempo. Debía de medir casi dos metros, unos veinte centímetros más que ella, con una complexión atlética que llenaba su camisa negra sin resultar exagerada, hombros anchos pero sin la masa excesiva de alguien que dependiera de la fuerza bruta para intimidar. Tenía el pelo corto, de un rubio trigueño pálido, ligeramente despeinado como si acabara de pasarse la mano por él, y cuando se giró para mirarla, Carla se encontró con unos ojos de un gris azulado tan frío que por un instante pensó, absurdamente, en el hielo que se formaba en los lagos del norte, lugares que ella nunca había visitado pero que de alguna manera aquellos ojos parecían evocar sin esfuerzo.

—Señorita Ávila —dijo el vampiro, con una voz grave y un acento apenas perceptible, suavizado por siglos de práctica, pero no del todo desaparecido—. Eric Lindström. He oído hablar de usted.

—Yo no había oído hablar de usted hasta hace un par de días —respondió Carla, sin molestarse en suavizar la franqueza del comentario.

Algo parecido a una sonrisa cruzó el rostro de Eric, breve y controlada, aunque a diferencia de la sonrisa de Pablo, esta le pareció, extrañamente, más genuina. —Eso no me sorprende. Prefiero mantener un perfil discreto. Es más fácil dirigir un negocio cuando la gente no está constantemente vigilando lo que uno hace —le indicó con un gesto uno de los sillones frente a su escritorio—. Siéntese, por favor. Su mensajero mencionó tres asesinatos y un secuestro. Eso merece toda mi atención.

Carla se sentó, aunque mantuvo la espalda recta y las manos visibles sobre su regazo, una postura que había aprendido a adoptar automáticamente en presencia de cualquier vampiro cuyo poder real todavía no había logrado medir. —Hace unos días, levanté temporalmente la consciencia de un vampiro decapitado en un almacén cerca del río. Antes de apagarse para siempre, mencionó algo sobre una deuda antigua. Y después dijo tres palabras: la miel arde.

Eric se sentó también, con un movimiento fluido que a Carla le recordó, incómodamente, al de un depredador que decide no atacar todavía porque prefiere observar primero. —Y por eso vino directamente a mi club.

—Por eso vine directamente a su club —confirmó Carla—. ¿Significa algo para usted esa frase?

—Significa que alguien conocía el nombre de mi negocio —respondió Eric, con una calma que no lograba disimular del todo cierto interés genuino—. Lo cual no es exactamente un secreto bien guardado, señorita Ávila. MIEL es uno de los locales más conocidos de la comunidad sobrenatural de esta ciudad. Que un vampiro moribundo pronunciara su nombre podría significar mucho, o podría no significar nada en absoluto.

—¿Estuvo aquí la noche que murió?

Eric la observó un momento antes de contestar, con una atención que Carla encontró casi física, como si la estuviera examinando capa por capa, evaluando cada palabra antes de decidir su respuesta. —Voy a necesitar una descripción más precisa antes de poder responder con honestidad. Recibo a cientos de personas cada noche, humanas y sobrenaturales.

—Aproximadamente doscientos años, cabello oscuro, complexión delgada. No llevaba ninguna identificación encima —Carla lo observó con la misma atención clínica que él le dedicaba a ella—. Aunque imagino que ya lo sabe, si de verdad presta tanta atención a quién entra por su puerta.

La expresión de Eric no cambió, pero algo en sus ojos se agudizó ligeramente, como si la respuesta de Carla hubiera confirmado alguna sospecha que ya tenía. —Presto mucha atención, sí. Y sí, recuerdo a ese vampiro. Vino hace unas dos semanas, solo, y se sentó en la barra durante casi una hora antes de que alguien se uniera a él.

Carla sintió que el pulso se le aceleraba, aunque mantuvo el rostro tan sereno como pudo. —¿Quién?

—Una mujer. No la reconocí en ese momento, y sigo sin poder identificarla con certeza, lo cual, para alguien que dirige este negocio desde hace más de una década, resulta bastante inusual —Eric se inclinó ligeramente hacia adelante, entrelazando los dedos sobre el escritorio—. Llevaba el rostro parcialmente cubierto con una capucha, algo que normalmente no permito dentro del local, pero que esa noche, por razones que todavía no comprendo del todo, mi personal de seguridad no detuvo.

—¿Cree que usó magia para pasar desapercibida?

—Es la explicación más razonable que se me ocurre —Eric se recostó de nuevo en su asiento, observándola con una intensidad que Carla empezaba a encontrar tan incómoda como fascinante, aunque no pensaba admitir lo segundo ni siquiera para sí misma—. Y eso, señorita Ávila, me preocupa mucho más de lo que probablemente imagina. Que alguien pueda entrar en mi propio establecimiento sin que yo lo note es un problema de seguridad que afecta directamente a mi negocio y a mis clientes.

Carla estudió su expresión, buscando cualquier señal de que estuviera mintiendo o exagerando su propia preocupación por conveniencia, pero no encontró nada que confirmara esa sospecha. Eso, de alguna manera, la inquietaba todavía más que si hubiera detectado un engaño evidente.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «Литрес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на Литрес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.